

REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO II = BOGOTÁ, DICIEMBRE DE 1915 = N.º 12

AL MARGEN DEL A B C

EL señor F. Contreras, corredactor de *Le Mercure de France*, nos envía traducido el artículo que se verá en seguida, el cual, publicado en *L'Eclair*, ha sido muy comentado por la prensa francesa. Su lectura nos ha inspirado algunas reflexiones.

Es innegable que la situación internacional de Colombia es de completo aislamiento. Peor aún: pendientes con la mayor parte de sus vecinos asuntos de fronteras, los litigios de hoy—en los cuales poco pensamos a causa de que la contraparte, por hallarse en posesión de las zonas disputadas, no se apresura a adelantar el pleito, lo que satisface nuestra indolencia—fatalmente se complicarán en un futuro que quizás no esté lejano hasta requerir una acción decisiva y enérgica de nuestra parte. Despertaremos entonces de nuestro sueño, y ojalá no tengamos que llorar una imprevisión irreparable.

No vemos por qué Colombia ha de escapar a la ley fatal de la lucha por la existencia, a que se hallan sometidas todas las naciones. Si nuestra debilidad material nos impide pesar en la hora presente como potencia en la política suramericana, el más rudimentario instinto de conservación nos dice que el mejor medio de acrecentar nuestra fuerza es buscar la alianza de aquellas de nues-

tras hermanas cuyo porvenir pueda necesitar de nuestra amistad. Cierto es que para llegar a tal fin debemos empezar por liquidar con ellas viejas cuestiones pendientes: entrará entonces en juego la acción de una diplomacia levantada y patriótica que habrá de inspirarse en el ejemplo de Gual y de Fernández Madrid.

Felizmente para Colombia, todos sus problemas de fronteras pueden resolverse en la actualidad por la vía diplomática y sin temor de que sufra nuestro patriotismo. ¿Sabemos acaso si de pronto se presentará en el agitado turbión que constituye la red contemporánea de intereses y de ambiciones internacionales, el caso imprevisto que de nuevo nos convierta en víctimas de la rapacidad del más fuerte? ¿No poseemos todavía el Atrato, las islas de San Andrés y Providencia y puntos estratégicos sobre dos mares?

Se nos dirá que en la dura realidad moderna los tratados pueden convertirse en «pedazos de papel», y que sus estipulaciones están sujetas a la interpretación que en un momento dado quiera darles el Imperator. En lo que hace referencia a nuestro continente, no lo piensan así Argentina, Brasil y Chile, países que después de haberse hallado en peligro inminente de lanzarse a la guerra por la cuestión Paraguay, hoy, arreglados sus litigios de fronteras—como puede Colombia arreglar los suyos—han suscrito el famoso tratado conocido con el nombre del *A B C*, y opuesto así a las contingencias del futuro el más poderoso bloque internacional que desde los tiempos de la Gran Colombia se haya formado en nuestro continente.

No es el caso de analizar ahora cuáles sean los verdaderos móviles de aquella confederación, ni saber si su objeto principal sea, como lo han afirmado eminentes publicistas argentinos, el control y dirección de los negocios políticos de la América del Sur. Lo que parece indudable es que esa confederación será infranqueable barrera a las

tendencias dominadoras e imperialistas, bien de origen europeo o norteamericano.

En lo que respecta a Colombia, es de dudarse que la acción de los Estados Unidos en la separación de Panamá hubiera revestido la misma forma de sigilo y oprobio con que entonces caracterizaron su conducta, si el coloso del norte nos hubiese sentido apoyados moralmente—inútil sería en este caso hablar de ejércitos y escuadras—siquiera fuese por repúblicas igualmente débiles a la nuestra. Pero nuestro aislamiento, que en nada se parecía al «soberbio aislamiento» de Inglaterra, era entonces, como hoy, completo. El despojo se llevó a efecto ante la indiferencia general. Sólo el Ecuador, con un gesto caballeresco y hasta heroico, mantuvo en tan aciaga ocasión el honor de la solidaridad americana.

¿No habrá llegado el momento de hablar con franqueza y de declarar en alta voz la pobreza y deficiencia de nuestra política internacional? Ignoramos, y el país lo ignora como nosotros, si la dirección de Relaciones Exteriores ha intentado siquiera llegar a una provechosa *entente cordiale* entre los países septentrionales del continente, que garantice su equilibrio y libérrimo desarrollo y los ponga a cubierto de eventuales acechanzas externas. La diplomacia colombiana, que durante cerca de medio siglo predominó en Sur América, es la llamada, como ya REVISTA MODERNA ha tenido ocasión de indicarlo (1) a iniciar y sentar las bases del acuerdo de que hablamos.

Pertinentes son a este respecto las palabras del muy distinguido diplomático don Ernesto Quesada, escritas en 1899 y que leemos en sus *Cartas internacionales*. Dice el estadista argentino:

(1) Véase el estudio que, bajo el título de *Asuntos suramericanos*, publicó el General Carlos Cuervo Márquez en la entrega de REVISTA MODERNA correspondiente al mes de febrero del corriente año, y el cual mereció la más favorable acogida por parte de la prensa y de altas personalidades de la política de Venezuela.—(N. de la D.)

«La América del Sur tiene problemas de alcance trascendental. Postergar su solución en la creencia de que las naciones suramericanas jamás sufrirán por agresiones de potencias extranjeras por cuanto las protege la doctrina monroista de los Estados Unidos, sería cometer grave error: los yanquis obran cuando les conviene, y el ejemplo elocuente de Cuba y Puerto Rico indica claramente que las nacionalidades americanas son para ellos cosa secundaria cuando su interés está de por medio (1). Es preciso, pues, que las repúblicas hispanoamericanas se convenzan de que deben cultivar más íntima y sinceramente las relaciones recíprocas, y de que deben establecer sobre bases firmes una política internacional americana, que sea verdaderamente continental».

Las proféticas palabras del señor Quesada y sus previsiones han encontrado una realización en el *A B C*: ellas son de palpitante actualidad para los países que integraron la Gran Colombia. Ojalá que sus estadistas, inspirados en el ejemplo de las repúblicas meridionales, se convenzan ante la incógnita que para su desarrollo y soberanía guarda la guerra europea, de que la política egoísta de «soberbio aislamiento» sólo pudieron practicarla, y no para siempre, países que, como la Gran Bretaña, se hallaron apopléticas de riqueza. Imitarse entre nosotros esa política sin poseer las condiciones que la garantizan, es marchar en un porvenir no remoto a seguro desastre.

EMILIO CUERVO MÁRQUEZ.

(1) En la fecha de este escrito no se había cumplido la separación de Panamá, ni los Estados Unidos habían adoptado la política de intervención en Haití, Nicaragua y Méjico.—(N. de la D.)

EN LA AMÉRICA DEL SUR

Alrededor de la conferencia de los cancilleres de la Argentina, del Brasil y de Chile.

Ultimamente se ha cumplido en la América del Sur un hecho de política internacional de verdadera trascendencia que ha pasado, sin embargo, casi inadvertido en Francia: la visita que los cancilleres de la Argentina, del Brasil y de Chile se han hecho respectivamente y la reunión de éstos en Buenos Aires en una conferencia solemne, que ha dado lugar a fiestas públicas y a manifestaciones populares sólo comparables a las de la celebración del primer centenario de la independencia.

✓ Fue en 1914, en el momento del conflicto de los Estados Unidos con Méjico, cuando las tres principales Repúblicas de la América del Sur se aproximaron en una *entente* espontánea, a fin de servir de mediadores en ese litigio, contribuyendo de tal manera a la paz continental y a la integralidad de la América latina: es esa *entente* la que ha sido denominada el A B C.

En la conferencia que acaba de tener lugar en Buenos Aires no se ha tratado de constituir una liga o una alianza, contrayendo compromisos que limitarían la libertad de los países representados. Los cancilleres de la Argentina, del Brasil y de Chile se han limitado a acordar y a firmar un tratado para resolver pacíficamente las desavenencias que pudieran existir entre sus países respectivos y que, según los tratados anteriores, no pudieran ser resueltos por el arbitraje; se han comprometido, pues, a establecer entre los pueblos que representan una paz sólida e imperturbable.

«Tenemos una gran misión que realizar, ha dicho el canciller de la Argentina, señor Murature; por eso tenemos necesidad de una paz fundada sobre el respeto de

todos los derechos, con ese espíritu de justicia superior que clasifica la importancia de los pueblos por el valor de su coeficiente moral y no por el de su fuerza material». «Nuestra misión es de paz y de confraternidad, ha dicho, a su vez, el canciller de Chile, señor Lira; hago votos por que jamás se altere la armonía que une nuestras repúblicas hermanas, para su mayor prosperidad y para el cumplimiento de sus altos destinos».

Sin embargo, esta conferencia tiene una significación verdaderamente trascendental; el solo hecho de su realización muestra el deseo de aproximación de las tres principales repúblicas suramericanas, y el tratado al cual ha dado origen, la voluntad de esas repúblicas de estrechar, por una paz sostenida, su solidaridad: ella significa, pues, la consolidación de la *entente* nacida en el momento de la mediación de Niagara Falls, esto es, la consolidación del *A B C*.

Como es fácil de prever, esta *entente* no hará en adelante sino fortalecerse y se aumentará, sin duda, poco a poco, con el concurso de otros pueblos hispanoamericanos: en el momento de la conferencia circularon rumores de que Colombia entraría a formar parte de la *entente*. Es probable, pues, que en un porvenir no lejano tal acuerdo será formado por el concurso de todos los pueblos hispanoamericanos, que encontrarán en una unión que no excluya la autonomía ni la independencia, la fuerza y la paz necesarias para su desarrollo y para el cumplimiento de sus destinos en el futuro.

La reciente conferencia de Buenos Aires, es decir, la consolidación del *A B C*, es un hecho que no podrá menos que satisfacer a las naciones que cuentan con la simpatía hispanoamericana, entre las cuales debemos nombrar, ante todas, a la Francia; pues ella significa la firme voluntad de la América del Sur de salvaguardar su soberanía y su libertad económica ante los pueblos de espí-

ritu imperialista, como Alemania; ella asegura así la facilidad habitual en las relaciones políticas y comerciales de las repúblicas suramericanas con los pueblos del mundo respetuosos de la libertad y de la autonomía de las naciones.

FRANCISCO CONTRERAS.

NAVIDAD

DE uno a otro extremo del universo, por dondequiera que pasó la leyenda cristiana, florece Navidad. A la misma hora ella enlaza el mundo, hasta en los campos de batalla, con guirnalda de fiestas....

Evoquemos lo que fue Noche-buena antes de que el huracán de metralla asolase la mitad del mundo. Recojamos como en universal ramillete, las rosas y los lirios místicos de fe y de leyenda que en la noche del 24 de diciembre se abren a las mil luces del árbol de Navidad en las más apartadas regiones, y fijemos en su actitud más exquisita y en sus más poéticos colores la fiesta por excelencia de la leyenda cristiana.

NAVIDAD EN SEVILLA

Recuerdo una canción de tal manera cálida y tierna, que llegó a conmoverme hasta el ensueño y casi hasta las lágrimas; fue una humilde canción oída hace ya tiempo de labios de una gitana, en Sevilla, la sagrada noche de Navidad.

Fue en no sé qué apartada calle del viejo barrio de la Macarena. El cielo, espléndido como nave de catedral en donde brillasen las luces de innumerables lámparas, se dilataba en raya profunda entre los aleros de las casas.

Arriba, la luna suspendía su concha de nácar y de plata como si fuese un maravilloso ex-voto. Se salía de la misa del gallo. Las veinticuatro campanas de la Giralda sonaban sin descanso e inundaban de alegría la ciudad en fiesta.

Las parejas, en la mano el libro de misa, se dirigían a los restaurantes con paso vivo e impaciente, entre gritos y risas y brillantes miradas bajo la blonda de las mantillas. Las vidrieras resplandecían; el humo blanco de las cocinas, azotado por el viento, se diseminaba por sobre los tejados como copos de algodón. En el aire frío flotaban olores de pavo asado, de frituras en ajo y aceite, de tomates y de naranjas.

Y como en mi errabunda correría pasase ante la puerta abierta de un desvencijado restaurante, vi grupos de majos que bebían vasos repletos de un vino espeso, tierra mezclada con sangre; y de pie contra la pared, envuelta en el mantón, la mirada dolorosa y perdida, como ahogada en las pupilas de oro líquido de un tocador de guitarra que le acompañaba en sordina, una muchacha joven y hermosa. Sus cabellos tenían tinte de hoja seca, y su rostro aire de tanta sumisión y angustia apasionada, que hacía pensar en una rosa lánguida marchitada en el arroyo. Y cantaba con voz en verdad extraña, aguda como un grito de sufrimiento, suave como una confidencia de amor:

Yo me he querido vengar •
De los que me hacen sufrir
Y me ha dicho mi conciencia
Que antes me vengue de mí.

Los pesares que se cantan
Son los pesares más grandes
Porque se cantan llorando
Y las lágrimas no salen.

¡Oh, la canción de aquella enamorada sin esperanza oída una noche en Sevilla, cuyo timbre desgarrador dominaba el chocar de los vasos y el solemne rumor de las campanas de la Giralda!

René Maizeroy.

NAVIDAD EN BRETAÑA

Muy lejos, allá en Bretaña, grupos de rudos marinos, en su mayor parte pescadores, se dirigen a la vieja iglesia a oír la misa de media noche.

Fuéra, el mar se lamenta y aúlla. La ráfaga gime entre los ventanales del campanario que, gris en el verano, ha vestido esta noche su capote de armiño. La nieve golpea las vidrieras emplomadas. Pero los marinos no prestan atención a la amenaza del ogro que mañana quizás los devorará en sus cóleras invernales. La voz del órgano los deleita, el altar iluminado de cirios los hipnotiza. Y las mujeres oran por los mozos ausentes, porque los *terranovas* regresen a la landa y vuelvan a ver las doradas retamas de la tierra natal.

El ensueño, para los pescadores de la Armórica, se rehace cada año; y cada año allá lejos, en la iglesia de Bretaña, Yann y Gaud, los desposados de Loti, rezan por los difuntos y saludan la cuna de pajas en donde el niño les sonrío y hacia ellos extiende las manecitas como un presagio de esperanza. ¡La esperanza! ¡Viático divino de la humildad en marcha!

Todos los deliciosos recuerdos de la infancia surgen y se avivan a la vista del cuadro que, en la noche de Navidad, presentan los humildes. Lo mismo en Bretaña que en la tierra de Provenza, vese la teoría de gentes que apresuradas se dirigen a la iglesia provinciana en donde, en la banca familiar, aparecen marcados los nombres de los antecesores, de los que fueron....Y en todas par-

tes asciende al cielo, entre nubes de incienso y repique-tear de campanillas, el mismo cántico:

En Belén un niño
Ha nacido ya....

Canto de bienvenida al que había de dar su vida por la salvación del mundo y de salutación también al año nuevo que se avecina.

Julio Claretie.

NAVIDAD EN ITALIA

¡La navidad italiana! Oigo aún el repique de sus campanas en tanto que mi memoria evoca la marea violeta de las colinas de Umbría envueltas en un crepúsculo de invierno y orladas de púrpura por el sol agonizante. Ningún otro recuerdo me produce tan honda impresión de poesía. Y no obstante he conocido la Navidad inglesa con sus templos decorados de flores y su blanca campiña manchada con el verde oscuro de sus bosquecillos de acebos. Cuando mi fantasía desea sentir cuanto el humano ensueño encierra de encanto con una piadosa tradición, resucito un 25 de diciembre pasado en una aldea italiana, entre Perusa y Asís. Declinaba el día y acababa de contemplar la triple basílica de San Francisco rutilante de luces y los esplendores paganos de su Pesebre. Regresaba en carruaje por caminos sombríos, bajo un cielo bañado en reflejos de oro y en el cual se encendían las primeras estrellas. De colina en colina volaban los suspiros de las campanas.

Ordené a mi cochero detenerse en un caserío cuyo nombre ignoro: había visto por entre una puerta entreabierta una seductora escena. Como vacilase en el rústico umbral, una voz de niño exclamó: *Entri, signora, vedi il nostro bellissimo pangiallo*, y entré.

Bajo la claridad de una de aquellas lámparas de cobre, de forma antigua, que corren a lo largo de una va-

rilla de metal, divisé la mesa familiar. En el centro aparecería el «pangiallo», enorme bizcocho de Navidad, extraordinaria construcción de hojaldre, batido blanco y frutas en caramelo, que recordarán quienes hayan viajado en Italia en esta época del año. Era algo realmente espléndido. Varias generaciones de seres humanos lo envolvían con miradas ávidas y radiosas: ojos negros y aterciopelados que expresaban la ingenuidad de una alegre perspectiva. Abuelos, jóvenes, niños, en todos se retrataba la misma expresión de serena felicidad, de sencilla ternura, ya bajo la lana oscura de las tocas o bajo las admirables cabelleras ensortijadas de los niños, que los asemejaba a pequeños Bautistas.

No se borrará de mi memoria la radiosa expresión de las fisonomías de aquellos humildes campesinos de Umbría que de manera tan alegre celebraban el nacimiento del Salvador. Casi todos llevaban colgado del cuello el amuleto favorito en esta región: el pequeño dardo en sílex que una humanidad lejana dejó enterrado en su suelo y en el cual ven el símbolo del rayo. ¡Oh, deliciosa Italia, tierra mágica y ferviente, quiera el cielo preservar por siglos tu ensueño contra la invasión de las realidades modernas!

Daniel Lesueur.

NAVIDAD ETÍOPE

Navidad (en la lengua amarah se llama *lidet*) se festeja con extraordinaria devoción en la meseta de Etiopía. Este imperio se convirtió al cristianismo durante los siglos III y IV. Como la nueva fe le llegó por la vía de Bizancio, piadosamente ha conservado los ritos bizantinos, no sin adaptarlos a su sencillez de provincia africana.

La fiesta cae en enero y se celebra durante ocho días. El Negus, sus Ras, sus Gratzmatches, sus Dedjatzmatches se dirigen al templo vestidos con sus trajes de guerra; el

emperador va precedido de un paje que marcha golpeando el escudo de hipopótamo, incrustado de oro y plata, y de su espalda pende en bandolera una moderna carabina de repetición.

Monjes y religiosas pasean tres veces las santas imágenes en torno del templo. La juventud y los devotos besan los pies de los iconos. El emperador da el ejemplo.

La ceremonia principal consiste en el baño que en ríos y torrentes toma el pueblo etíope. Después de la bendición de las aguas y de que los sacerdotes arrojan a la linfa puñados de flores, los jóvenes se precipitan desnudos y renuevan de esta suerte la ceremonia bautismal.

El emperador suele presidir las sagradas abluciones, después de haber honrado con su presencia uno de aquellos formidables festines que se prolongan desde el amanecer hasta la puesta del sol, y en los cuales toman asiento cuatro o cinco mil soldados.

El banquete se sirve a bordo de una gigantesca almada decorada en cerámica, y que se llama «aderach». Tapices de colores cubren las mesas de junco, que semejan guirnaldas de exóticas flores.

Una fanfarria de instrumentos de madera—los «melekat»—delgados como las trompetas de Aida, anuncia la entrada de los convidados. El emperador toma asiento en el centro de un estrado y es servido por criados que le pasan los manjares en actitudes hieráticas. Su porte denuncia interior recogimiento: esta ceremonia le recuerda la última cena y que comulga con su ejército, a fin de mantener vivo entre sus soldados el respeto debido a la fiesta de Navidad; por tres veces consecutivas, durante el festín, el majestuoso Negus se cubre con la simbólica y pesada corona imperial. Y se diría entonces el hijo de Melchor, el Mago de rostro de ébano que ofrendó el incienso y la mirra ante la cuna del Niño Dios.

Hugo Le Roux.

NAVIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

¿En qué se diferencia la Navidad americana de las otras navidades? Cualquier persona que posea el instinto de las proporciones responderá sin vacilación: en la enormidad.

Las «gentes de ultramar» tienen parentesco con todas las razas de la tierra y pueden reivindicar todas las tradiciones. Fácilmente asimilan en bloque las costumbres más disparatadas. Poco se cuidan de ser originales y mucho por obtener el premio de lo colosal; y en verdad que lo obtienen con el *Christmas*.

Navidad es fiesta pueril. Pero los americanos que tienen el genio de la desproporción como otros el del ritmo, han hecho «grande» el 25 de diciembre, ni más ni menos que los otros 364 días del año.

Todos los anglo-sajones comen, en la cena de Navidad, el indispensable pavo, el pudding y el pastel de picadillo. Pero el americano no admite que pueda encontrarse, fuera de América, ni ave gorda, ni harinas blancas, ni uvas suculentas: uno conocí que, hallándose en esta época del año perdido en la modesta Europa, marchó por expreso a San Francisco a buscar «los materiales para el pudding y los pastelillos, así como un pavo decente». El pobre abeto de Alemania con sus bujías, sus manzanas y sus nueces doradas, les inspira compasión. «¡Es tan pequeñito!» exclaman. Sólo gustan de los árboles centenarios de floresta, cuya copa roce el cielo raso, y que aparezcan constelados de globos de celuloide iluminados por la electricidad. Como nosotros, también ellos cuelgan juguetes de sus ramas: pero qué juguetes, Dios mío! Estatuitas en bronce, joyas, estuches de viaje: porque en Norte América la fiesta de los chiquitines es también la fiesta de los señores de barba y bigote.

Lo anterior obedece a que en Norte América todos, grandes y pequeños, poseen la misma alma ardiente y sencilla, el mismo candor, la misma salud. Levantados desde el alba, lo mismo el papá que los chicuelos, corren ansiosos a ver lo que San Nicolás, venido en un trineo durante la noche, ha depositado en las medias que la familia colgó la víspera del mármol de la chimenea.

Nuestros hijos ponen sus zapatos ante la chimenea, pero debemos confesar que no son prácticos; una media de mujer tiene mayor capacidad que un zapato de niño. Y me atrevo a creer que en esta circunstancia los chicos americanos apelan a las medias de sus mamás. También emplearían las del ogro que calzaba las botas de siete leguas, si les fuese posible: y San Nicolás, enano pero multimillonario, encontraría manera de colmarlas.

Abel Hermant.

NAVIDAD EN RUSIA

Es Navidad una de las grandes fiestas rusas. Las solemnidades religiosas principian la víspera y duran hasta el día de Reyes. Coinciden con las ceremonias cristianas, las antiguas costumbres de adivinación, magia y hechicería, de pagano origen.

La mujer rusa, más que el hombre permanece fiel a la antigua tradición. La más frecuente entre éstas es la que permite a las doncellas descubrir el futuro prometido. Variados son los procedimientos: predomina el de verter cera en un recipiente con agua en ebullición. Se lee el porvenir en los arabescos que dibuja la cera fundida.

Otras veces la curiosa del futuro permanece largas horas sola, inmóvil, fija la mirada en una moneda de plata depositada en el fondo de un vaso con agua. Y ansiosa espera la aparición del predestinado, rubio o moreno según su ensueño pero siempre valeroso y apuesto. La soledad, la tensión nerviosa, la sugestión, en fin,

producen su efecto: el hombre soñado aparece en la brillante superficie. ¡Ay de la desgraciada que pasados algunos momentos quiera de nuevo evocar la feliz aparición! Ella se ha desvanecido para siempre.

Otro procedimiento de adivinación consiste en leer en la actitud de las aves y en especial en las del gallo y su corte. Caldeos, griegos y romanos lo tuvieron en uso y lo elevaron a la categoría de rito. Evidentemente Rusia lo recibió de Bizancio. Un obispo de Novgorod, Guennady, quien floreció en el siglo XV, lo anota ya en su *En-vío* como peculiar en su país.

En Ucrania las doncellas se reúnen formando círculo en la más espaciosa de las *khatas* (cabañas). En el centro alzan un montoncillo de trigo, en cuyo vértice colocan un anillo nupcial. Traen un gallo negro, el que, picoteando el grano, halla la sortija y la lanza al aire. Rueda el anillo y cae a los pies de una de las doncellas: ésta se casará en el año siguiente.

E. Halpérine Kaminsky.

NAVIDAD EN INGLATERRA

Existe en Francia Navidad y Año Nuevo. Navidad, la fiesta íntima, la Nochebuena, los zapatos ante la chimenea, el vuelo del Niño Dios sobre los tejados de la ciudad: la gama que forma la alegría de la infancia; el Año Nuevo, la fiesta oficial, las visitas de familia y de corte-sía, los regalos, las propinas: el día más odioso del año. En Inglaterra no existe el Año Nuevo. En cambio existe *Christmas*. Y *Christmas* comienza mucho antes del 25 de diciembre y termina mucho después. No es un día, es más de una semana, casi una temporada: *Christmas Season*.

No finaliza noviembre y ya los periódicos publican sus números de Navidad. Desde el primer día de diciembre todos, chicos y grandes, en toda la escala social, empiezan a pensar en *Christmas*. Durante diciembre circulan

por las estafetas inglesas millones y millones de saludos de Navidad, y desde el rey hasta el último cargador de fardos de los muelles viven para Nochebuena.

Si en la noche del 25 de diciembre llegamos a uno de aquellos hogares establecidos en los campos de los alrededores de Londres, de los cuales se desprende no sé qué seducción de silencio y de paz, saborearemos la verdadera alegría de la Navidad inglesa. Empezaremos por tomar parte en la tradicional visita a la cocina, ornada de guirnaldas de muérdago y abeto; hombres y mujeres visten de ceremonia. Luégo probaremos el clásico pavo y nos regalaremos con el pudding en llamas. Quizá se nos invite a tomar parte en juegos de sociedad, de que tanto gustan las suaves misses inglesas: prendas, gallina ciega, la mano caliente y también el dragón mordelón, que consiste en pescar con los dedos nueces sumergidas en una ponchera rebosante de brandy encendido. Tal vez se nos dé el espectáculo de una pantomima en la que representarán los jóvenes y muchachas de la casa: entonces veríamos a *Robin Hood* y a su camarada *Mad Marion*. Lo que nunca faltará será el gajo de muérdago suspendido de la araña del vestíbulo o del salón, el simbólico muérdago que invita a la caricia del beso.

Quiera nuestra buena estrella depararnos la fortuna de encontrar bajo el simbólico gajo a la deliciosa Miss Maggy Sweetheart, la de las mejillas suaves y sonrosadas, o a la bella Mistress Love, tan hermosa como lo son las inglesas cuando se proponen serlo. Y ojalá también que nuestra buena suerte nos evite el codazo brusco y nervioso de la terrible Mistress Old Whisky, cuya nariz de vaca marina y dientes amarfilados comprueban que las inglesas son terriblemente feas cuando se proponen conseguirlo.

Marcel L'Heureux.



José Asunción Silva.

NACIÓ EN BOGOTÁ EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1865 (1)

MURIÓ EN BOGOTÁ EL 23 DE MAYO DE 1896

Entré la hostil maraña del bosque tropical, como enjambre de mariposas convertidas en flores por la voluntad de un Genio, cuelga la orquídea su penacho de pétalos exóticos. ¿Qué viento se complació en depositar la semilla de la aristocrática planta entre los brazos espinosos y retorcidos del gigante monstruoso, en el corazón mismo de la selva bravia?

Así fue Silva. Mirad ese rostro que recuerda los medallones clásicos y decid si él no evoca la fisonomía de Alcibíades, el ateniense. De ateniense fue también su corazón y su inteligencia; mas como trasplantada a helados climas le faltase el calor del invernadero, la orquídea murió.

De haber nacido en los tiempos de Pericles, Silva hubiera sido el inventor de una filosofía límpida y amable, que habrían adoptado los griegos. Y si en el siglo de Augusto, habría sido el amigo de Horacio, habría reformado la métrica latina y muerto como Petronio, después de haber hecho de su vida una obra de arte.

Silva no se parece a nadie. El fue solo. No tiene parentesco intelectual con ninguno de los bardos hispanoamericanos. Su inspiración y el ánfora en que la vertía eran suyos, producto de diversas y refinadas sugerencias, al

(1) Erradamente la lápida del poeta indica como año de nacimiento el de 1866.

igual de aquellas corrientes de agua que asimilan el caudal de sus afluentes. Es la razón de que en la obra de Silva encontremos el rastro de Rossetti y de D'Annunzio, de Baudelaire, de Schopenhauer y Poe.

La obra poética del autor de los *Nocturnos* es sobradamente conocida en los países de habla castellana, y empieza a ser vertida a idiomas extranjeros. Su producción en prosa, que fue cincelada con obsesión de orfebre, se perdió casi en su totalidad en el naufragio del vapor *Amérique*, cuando Silva regresaba a Colombia, después de haber servido la secretaría de nuestra legación en Caracas. De ella recordamos dos novelas que formaban parte de la maravillosa colección *Cuentos Negros: Del Agua mansa....* y *Ensayo de Perfumería*.

De aquel desastre que ocasionó irreparable pérdida para las letras colombianas, se salvó felizmente el manuscrito de la obra predilecta de Silva: *De Sobremesa*. Es esta novela—cuya próxima publicación será acontecimiento literario en la América hispana—pieza maestra por la seguridad en el análisis de los más hondos problemas psicológicos y por la insuperable brillantez de su estilo.

De ella juzgarán nuestros lectores por el capítulo que, previo galante consentimiento de la señora madre del poeta, les obsequia hoy REVISTA MODERNA. Si es verdad que toda obra de arte es sincera, y que el autor anima con un soplo de su yo más profundo el alma de sus personajes, la atormentada y fuerte del protagonista de *De Sobremesa* es revelación de una nueva y vigorosa forma de sensibilidad y de visión nacional que pocos habrán adivinado en el autor de *Don Juan* y de *Psicopatía*.

Hé ahí la importancia de las páginas siguientes. Aun cuando fragmentarias, ellas arrojan nueva luz sobre la compleja personalidad de quien en plena juventud sonrió desdeñosamente a la Musa que le aportaba el galardón del triunfo y envolviéndose en su manto marchó discreto y presuroso a cumplir su última cita con la Muerte.

Sobre su tumba quisiera yo ver—obra en mármol de un nuevo Clesinger—el medallón del poeta enmarcado en una corona de laureles y asfodelos; sobre el ara de piedra las mujeres dejarían sus ofrendas de violetas y rosas. Así florecida por anónimas manos vi la tumba de Chopin, alma gemela de la del poeta alucinante. Comprendí entonces el más hondo sentido de la Inmortalidad: él es piadoso recuerdo, es la flor que una mujer desprende del seno y que con un suspiro deposita ante el nombre de quien la hizo sentir, siquiera sea por breve instante. ¿A cuántas mujeres no ha hecho soñar el autor del *Nocturno*?

E. C. M.

DE SOBREMESA

(INÉDITO)

Why! 5 de julio.

Encontré un nido donde esconderme a pensar, una casucha de madera tosca, habitada por una pareja de viejos campesinos. Es un sitio inaccesible adonde no llegan turistas, una garganta salvaje de monte, llena del ruido de un torrente que se vuelve niebla al rodar entre enormes pedregones y sombreado por pinos y castaños altísimos. He escrito a París pidiendo que me manden a Interlacken una multitud de cosas que me hacen falta, y voy mañana a treparme a mi picacho sin llevar más libros que unos estudios de prehistoria americana escritos por un alemán y unos tratados de botánica. Siento una emoción rara al pensar en mi escondite.

10 de julio.

El viejo y la vieja dueños de la casa no han estado nunca en ninguna ciudad ni saben leer ni escribir; me miran como un animal raro y sólo me dirigen la palabra para decirme buenos días y buenas noches. No pudiendo comer su comida me alimento con la leche de unas vacas que tienen en una esplanada vecina. Mi cuarto, el cuarto de don José Fernández, *le richissime américain*, tiene por mobiliario una cama en que no se acostaría por ninguna suma el último de mis criados parisienses, una mesa tosca en que escribo y un enorme platón de madera, que por la mañana me llenan de agua helada, cogida en el torrente, para bañarme. Todo eso, por fortuna, más aseado que lo de los mejores hoteles del mundo, probablemente. Las sábanas gruesas de la cama huelen a campo y los muebles relucen como acabados de barnizar. En estos cinco

días no se me ha pasado por la cabeza una imagen voluptuosa, no he sentido ningún deseo y me he emborrachado de aire y de ideas.

A la madrugada me levanto y tras del baño y la leche, que tiene todavía la tibieza de la ubre, trepo por entre la bruma gris penetrada de luz, donde los accidentes de la montaña se ven apenas como sombras azulosas, hasta una colina que domina el paisaje. Es un mar de vapores blancos que se va iluminando, iluminando, hasta que los rayos del sol lo entreabren, lo aclaran y lo deshacen.

A la altura, al tenderme envuelto en la manta sevillana, inseparable compañera de mis viajes, sobre el prado verde salpicado de margaritas silvestres donde revolotean las mariposas y asoman sus cabecitas puntiagudas unas cabras curiosas, llego ensordecido por el ruido del torrente, entre el silencio casi nocturno y los cantos de los pájaros, y vuelvo la mirada hacia arriba. En el primer término, cerca de la verdura amarillenta y aérea de un grupo de sauces, diviso el viejo molino, cuya gran rueda, al girar contra lo negro del paredón enmohecido por la humedad, convierte el chorro de agua que la mueve, en hilos y gotas de cristal trasparente e impalpable vapor, mientras que las golondrinas que anidan en los alares y los huecos del edificio vetusto, entrecruzan sobre él los amplios semicírculos y encontrados ziszás de su incesante y nervioso revoloteo. Pasa a los pies del molino el camino de cabras que trepa a la cima y en rápida curva se oculta tras los primeros contrafuertes de la montaña, que son a esa hora, vistos desde donde estoy, una masa de negruzca neblina argentada, rizada por las verduras de los matorrales y que se destacan sobre el segundo contrafuerte cuya confusa masa de detalles esfuma la niebla velándolos. Allá a lo lejos, en la obscuridad azulosa de los montes del fondo, con sus perfiles de puntiagudos picachos y denteladas rocas, se recortan obscuras en ángulo an-

fractuosas sinuosidades sobre el diáfano azul pálido del cielo y la blancura deslumbradora de las nubes matinales; los rayos del sol lo deshacen y muestran el paisaje envuelto en brumas suaves, que flotan como jirones de un velo de novia, sobre el azul de las montañas lejanas, sobre las verduras de los valles y en el último término sobre la blancura de plata de un nevado, allá en el horizonte.... Luégo se va precisando todo, el cielo se azula, se deshace la niebla, los tonos se acentúan, se hacen más intensas las verduras, se ve lo negro o lo rojizo de tal cual roca desnuda, sólo se oyen ahogados los cantos de los pájaros y el ruido sordo del torrente que muge en su cauce de piedras. El aire tiene un olor vegetal y es ralo, ligero.... Tendido en la altura, sobre la manta que me acompaña en todos mis viajes, me dejo invadir por la sensación penetrante y profunda de frescura que se desprende de todo aquello y miro a mi alrededor. Vuelvo los ojos hacia abajo y veo el valle con lo verdoso de su alfombra vegetal, sobre la cual flota un poco de niebla, manchado aquí y allá con las masas oscuras de los matorrales y de los grupos de árboles, cruzada por las líneas delgadas y amarillentas de los caminos, por los hilos negros de la fertería y por el plateado ziszás del torrente que lo atraviesa; y en un recodo de la hondonada, al pie de la montaña, diviso los techos, la cúpula de la iglesia y el cementerio del pueblecito, medio oculto por la obscuridad verdosa del follaje, y al frente, en el horizonte donde la niebla interpuesta vuelve a borrar los detalles, las ondulaciones de los perfiles y la confusa masa angulosa de otra cordillera, que abriéndose en irregular brecha, muestra en el fondo de la rasgadura inmaculada las blancuras de un ventisquero.

La naturaleza, pero la naturaleza contemplada así, sin que una voz humana interrumpa el diálogo que con el alma pensativa que la escucha entabla ella, con las vo-

ces de sus aguas, de sus follajes, de sus vientos, con la eterna poesía de las luces y de las sombras! Cuando aislado así de todo vínculo humano, la oigo y la siento me pierdo en ella como en una *nirvana* divina. Una noche en medio del Atlántico, a popa del buque donde dormían ya los pasajeros, tranquilo, sin preocupación personal ninguna, me abandoné como lo he hecho estas mañanas, al misterioso sortilegio que es para mí contemplarla y a su contemplación en una orgía fascinadora. No había luna. El buque era una masa negra que huía en la sombra. El mar calmado y el cielo de un azul sombrío y purísimo se confundían en el horizonte; las constelaciones y los planetas resplandecían en el fondo del azul infinito; el hervidero de soles de la vía láctea era un camino de luz pálido en la inmensidad negra, y abajo la estela que dejaba el barco era otra vía láctea, donde entre la fosforescencia verde-azulosa ardía sutil polvo de diamantes. En la primera hora de quietud pensativa volvieron a mi mente escenas del pasado, fantasmas de los años muertos, recuerdos de lecturas remotas; luégo lo particular cedió a lo universal; algunas ideas generales como una teoría de musas que llevaran en las manos las fórmulas del universo desfilaron por el campo de mi visión interior. Luégo cuatro entidades grandiosas, el Amor, el Arte, la Muerte, la Ciencia surgieron en mi imaginación y poblaron solas las sombras del paisaje, visiones inmensas, suspendidas entre los dos infinitos del Agua y del Cielo; luégo aquellas últimas expresiones de lo humano se fundieron en la inmensidad negra, y olvidado de mí mismo, de la vida, de la muerte, el espectáculo sublime entró en mí por decirlo así, y me dispersé en la bóveda constelada, en el océano tranquilo, como fundido en ellos en un éxtasis panteísta de adoración sublime. ¡Instantes inolvidables cuya descripción se resiste a todo esfuerzo de la palabra! La luz de la madrugada que destiñó el brillo de las es-

trellas y le devolvió al mar su glauca coloración mareante, me hizo volver a la realidad de la vida.

Ya que no éxtasis de esos, producidos por la grandiosidad de la escena, sí he sentido por momentos bajar sobre mi espíritu una suprema paz en las horas pasadas en los picachos a donde subo.

El plan que reclamaba el fin único a qué consagrar la vida, me ha aparecido claro y preciso como una fórmula matemática. Para realizarlo necesito un esfuerzo de cada minuto por años enteros, una voluntad de hierro que no ceda un instante. Más o menos será este. Tengo que aumentar el doble o el triple de lo que vale hoy mi fortuna para comenzar. Si la comisión de ingenieros mandada de Londres por Morrell & Blundel, da un dictamen favorable sobre las minas de oro que tengo casi negociadas con ellos, y que en la mortuoria de mi padre se avaluaron en una suma insignificante, las minas me darán al vendérselas varios millones de francos. Deben los ingleses cablegrafiar a París de un momento a otro, y los Mirandas me avisarán por telegrama a Ginebra, donde iré a pasar el mes de agosto. Hecha esa operación, trasladaré a Nueva York todo mi capital y fundaré con Carrillo la casa para llevar a cabo los negocios que tiene él pensados. Tras de Carrillo están los Astor, los millonarios que no han dado un paso en falso desde que comenzaron a negociar, y en manos de él mi oro trabajará por mí, mientras me consagro en alma y cuerpo a recorrer los Estados Unidos, a estudiar el engranaje de la civilización norteamericana, a indagar los *porqués* del desarrollo fabuloso de aquella tierra de la energía y a ver qué puede aprovecharse como lección para ensayarlo luego en mi experiencia. Desde Nueva York iré por temporadas a Panamá a dirigir en persona las pesquerías de perlas, que darán, al explorar los bancos desconocidos hasta hoy, maravillas como las que produjeron cuando

Pedrarias Dávila remitió a los reyes de España la que remata la corona real. Todo el oro que esas especulaciones produzcan y lo que hoy poseo estará listo para el momento en que regrese a mi tierra, no a la capital sino a los Estados, a las Provincias, que recorreré una por una indagando sus necesidades, estudiando los cultivos adecuados al suelo, las vías de comunicación posibles, las riquezas naturales, la índole de los habitantes, todo esto acompañado de un cuerpo de ingenieros y de sabios que serán, para mis compatriotas, ingleses que viajan en busca de orquídeas. Pasaré unos meses entre las tribus salvajes, desconocidas para todos allí, y que me aparecen como un elemento aprovechable para la civilización por su vigor violento las más, por su indolencia dejativa las otras. Luégo me instalaré en la capital e intrigaré con todas mis fuerzas y a empujones entraré en la política para lograr un puestecillo cualquiera, de esos que se consiguen en nuestras tierras sudamericanas por la amistad con el Presidente. En dos años de consagración y de incesante estudio habré ideado un plan de finanzas racional, que es la base de todo gobierno, y conoceré a fondo la administración en todos sus detalles. El país es rico, formidablemente rico y tiene recursos inexplotados, es cuestión de habilidad, de simple cálculo, de ciencia pura, resolver los problemas actuales. En un ministerio, logrado con todo mi dinero y mis influencias puestas en juego, podré mostrar algo de lo que se puede hacer cuando hay voluntad. De ahí a organizar un centro donde se recluten los civilizados de todos los partidos para formar un partido nuevo, distante de todo fanatismo político o religioso, un partido de civilizados que crean en la ciencia y pongan su esfuerzo al servicio de la gran idea, hay un paso. De ahí a la Presidencia de la República, previa la necesaria propaganda, hecha por diez periódicos que denuncien abusos anteriores, previas promesas de contra-

tos, de puestos brillantes, de grandes mejoras materiales, otro.... Eso por las buenas. Si la situación no permite esos platonismos, como desde ahora lo presumo, hay que recurrir a los resortes supremos para excitar al pueblo a la guerra, a los medios que nos procura el Gobierno con su falso liberalismo para procurar una poderosa reacción conservadora, aprovechar la libertad de imprenta ilimitada que otorga la Constitución actual para denunciar los robos y los abusos del Gobierno general y los de los Estados, a la influencia del clero perseguido para levantar las masas fanáticas, al orgullo de la vieja aristocracia conservadora, lastimada por la olocracia de los últimos años, al egoísmo de los ricos, a la necesidad que siente ya el país de un orden de cosas estables, proceder a la americana del sur, y tras de una guerra en que sucumban unos cuantos miles de indios infelices, hay que asaltar el poder, espada en mano, y fundar una dictadura, en los primeros años apoyada en un ejército formidable y en la carencia de límites del poder y que se transformará en poco tiempo en una dictadura con su nueva constitución, suficientemente elástica para que permita prevenir las revueltas, de forma republicana por supuesto, que son los nombres lo que les importa a los pueblos, con sus periodistas de oposición presos cada quince días, sus destierros de los jefes contrarios, sus confiscaciones de los bienes de sus enemigos, sus sesiones tempestuosas de las Cámaras, disueltas a bayonetazos, todo el juego.

Este camino que me parece el más práctico, puesto que es el más brutal, requiere para tomarlo, otros estudios que haré con placer, cediendo a la atracción que sobre mi espíritu ejercen los triunfos de la fuerza. ¡Con qué placer os estudiaré, monstruosas máquinas de guerra, cuyo acero, donde estalla la mezcla explosiva derrama la lluvia de proyectiles en el campo enemigo y siembra la muerte en las filas destrozadas; granadas de fulminantes pi-

cratos y que al estallar reducís los piafantes caballos y los cuerpos de los jinetes a informes despojos sangrientos; cómo inquiriré los secretos de vuestra estrategia, las sutilezas de vuestra táctica, sombras de monstruos a quienes la humanidad degradada venera; legendarios Molochs, Alejandros, Césares, Aníbalés, Bonapartes, al pie de cuyos altares enrojece el suelo la hecatombe humana y humea como un incienso el humo de las batallas!

¡Oh! qué delicia la de escribir, después de instalar un gobierno de fuerza, Grande y Buen Amigo, qué delicia al acreditar los respectivos plenipotenciarios que pedirán su reconocimiento ante todos los presidentes de todas las republiquetas a la americana del Centro o del Sur donde las cosas se hacen así, y de pensar que en virtud de un plan elaborado con la frialdad con que se resuelve la incógnita de una ecuación llegó uno al puesto que ambiciona con el fin de modificar un pueblo y elevarlo y verificar en él un vasto experimento de sociología experimental. Ningún esfuerzo me parecerá excesivo para coronar la altura que representa sólo la posibilidad de comenzar a obrar ampliamente.

En esa lejanía están los años decisivos en que todo tendrá que ser energía y acción. Equilibrados los presupuestos por medio de sabias medidas económicas: distribución de los derechos aduaneros, que a la larga, facilitando enormes introducciones duplicará la renta; supresión de los inútiles empleos, reorganización de los impuestos sobre bases científicas, economías de todo género: a los pocos años el país es rico, y para resolver sus actuales problemas económicos, basta un esfuerzo de orden, llegará el día en que el actual déficit de los balances, sea un superávit que se transforme en carreteras, en los ferrocarriles indispensables para el desarrollo de la industria, en puentes que cruzan los ríos torrentosos, en todos los medios de comunicación de que carecemos hoy, y cuya falta

sujeta a la patria con cadena de hierro y la condena a inacción lamentable.

Esos serán los años de aprovechar los estudios previos, verificados por los sabios y los ingenieros que la recorrieron años antes pagados con mi oro. En aquellos climas, que van desde el calor de Madagascar en los hondos valles equinoxiales hasta el frío de Siberia, en los luminosos páramos donde blanquea la nieve perpetua, surgirán iniciados por mis agentes y estimulados por las primas de exportación, todos los cultivos que enriquecen, desde el banano cantado por Bello en su oda divina hasta los líquenes que cubren las glaciales rocas polares; todas las crías de animales útiles, desde los avestruces que pueblan las ardientes llanuras de Africa hasta los renghiferos del polo. Innúmeros rebaños pastarán en las fecundas dehesas, doblaránse bajo el peso de los racimos cárdenos las ramas de los cafetos; en perspectivas regulares donde el ojo se pierda en el crepúsculo verde producidas por la sombra del guamo protector, ágil trepará la vainilla por los troncos disformes de los cauchos, colgando de sus frágiles bejucos sus aromáticas urnas; y en las serranías abruptas el platino y el oro, la plata y el iridio, brillarán ante los ojos del minero, tras de la excavación fatigosa y el complicado laboreo del mineral nativo.

Dudoso de mis propias aptitudes, por grandes que sean los estudios que haya hecho para ese entonces, llamaré economistas de fama europea y consultaré los más grandes estadistas del mundo para proceder acorde con ellos y arbitrar las medidas que coronarán la obra.

Ideadas y planteadas éstas se hará conocer la tierra nueva y desbordante de riquezas en los mercados europeos, gracias a agentes fiscales que los recorran y a los esfuerzos de una diplomacia sagaz, ampliamente renteadada y escogida entre la flor y nata de los talentos nacionales. Los bonos depreciados antes serán una inversión tan se-

gura como los consolidados ingleses, y colosales empréstitos lanzados por los Hutk y los Rothschild y suscritos en condiciones favorables, permitirán completar los resultados perseguidos en la constante labor. La inmigración atraída por el precio mínimo a que se harán las adjudicaciones de baldíos en los territorios hoy desiertos, afluirá como un río de hombres, como un Amazonas cuyas ondas fueran cabezas humanas y mezclada con las razas indígenas, con los antiguos dueños del suelo en que hoy vegetan sumidos en obscuridad miserable, con las tribus salvajes, cuya fiereza y gallardía nativas serán potente elemento de vitalidad, poblará hasta los últimos rincones desiertos, labrará los campos, explotará las minas, traerá industrias nuevas, todas las industrias humanas. Para atraer esa inmigración civilizadora, colosales *steamers* de compañías subvencionadas por el gobierno con sumas que permitan reducir a un *mínimum*, suprimir casi el costo del pasaje, cruzarán el Atlántico e irán a recoger a los tripulantes, ansiosos de nueva vida, en los puertos de la vieja Europa, de donde el hambre los arroja, en los del Japón y la China, países desbordantes de población hambreada, y en las amplias radas de la península índica, de donde el nativo pobre, el paria desheredado, el bengalí de dulzura casi femenina, emigrarán ansiosos a una patria nueva, para no sentir en las espaldas el látigo inglés que los flagela!

Monstruosas fábricas donde aquellos infelices encuentren trabajo y pan, nublarán en ese entonces con humo denso de sus chimeneas el azul profundo de los cielos que cobijan nuestros países tropicales; vibrará en los llanos el grito metálico de las locomotoras que cruzan los rieles, comunicando las ciudades y los pueblecillos nacidos donde quince años antes fueron las estaciones de madera tosca y donde, a la hora en que escribo, entre lo enmarañado de la selva virgen extienden sus ramas seculares las

colosales ceibas, entrelazadas de lianas que trepan por ellas como serpientes, sombreando el suelo pantanoso, nido de reptiles y de fiebres; como una red aérea los hilos del telégrafo y del teléfono agitados por la idea se extenderán por el aire; y cortarán la dormida corriente de las grandes arterias, de los caudalosos y lentos ríos navegables, a cuyas orillas crecerán los cacaotales frondosos, blancos y rápidos vapores que anulen las distancias y lleven al mar los cargamentos de frutos, y convertidos éstos en oro, en los mercados del mundo, volverán a la tierra que los produjo a multiplicar, en progresión geométrica, sus fuerzas gigantescas.

¡Luz! ¡Más luz!... Las últimas palabras del poeta sublime de Fausto serán el lema del pueblo que así emprende el camino del progreso. La instrucción pública atendida con especial empeño y propagada por todos los medios posibles—desde el kindergarten donde los chicuelos aprenden a deletrear entre las rosas, hasta las grandes universidades en que los sabios de ochenta años, encanecidos sobre los instrumentos de observación, se entregan a las más audaces especulaciones que solicitan al pensamiento humano—levantará al pueblo a una altura intelectual y moral superior a la de los más avanzados de Europa. Libre el país de los pavorosos problemas que minan las viejas sociedades europeas y estallan en ellas en alaridos nihilistas y reventar de bombas, mirará tranquilo hacia el futuro.

La capital transformada a golpes de pica y de millones—como transformó el Barón Haussman a París—recibirá al extranjero adornada con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques, le ofrecerá en amplios hoteles refinamientos de confort que le permitan forjarse la ilusión de no haber abandonado el risueño *home*, y ostentará ante el orgullo de sus palacios de mármol, en la perspectiva de las anchas avenidas y verdeantes

plazoletas, las estatuas de sus grandes hombres; la grandeza melancólica de los viejos edificios de la época colonial; el esplendor de teatros, circos y deslumbrantes vitrinas de almacenes, bibliotecas y librerías que junten en sus estantes los libros europeos y americanos, ofrecerán nobles placeres a su inteligencia, y como flor de progresos materiales podrá contemplar el desarrollo de un arte, de una ciencia, de una novela que tengan sabor netamente nacional y de una poesía que cante las viejas leyendas aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la tierra regenerada.

Establecer una dictadura conservadora, como la de García Moreno en el Ecuador, o la de Carrera en Guatemala, y pensar que bajo ese régimen sombrío, con obscuridades de mazmorra y negruras de inquisición, se verifique el milagro de la transformación con que sueño, aparece absurdo a primera vista. No lo es si se medita. Está cansado el país de peroratas demagógicas y falsas libertades escritas en la carta constitucional y violadas todos los días en la práctica, y ansía una fórmula política más clara, prefiere ya el grito de un dictador, de quien sabe que procederá de acuerdo con sus amenazas, a las platónicas promesas de respeto por la ley burladas al día siguiente. El éxito de la enorme empresa depende de la habilidad con que, al normalizarse la situación después del triunfo, se inicien las modificaciones que lentamente cambiarán la situación del partido vencido y le permitan volver a la escena política, aleccionado por la ruda lección de la derrota y por los primeros años de régimen estrecho en que sus conductores comprendan lo inútil de la lucha a mano armada. Soñarán entonces en transacciones que les permitan escalar puestos secundarios o vociferarán contra los abusos cometidos, pero sus discursos no encontrarán eco, porque el pueblo sentirá ya las ven-

tajas del nuevo régimen. El desarrollo industrial absorberá parte de las fuerzas que antes producían hondas perturbaciones al agitarse en la política, y las concesiones, paulatinamente otorgadas, irán atrayéndole al Gobierno la opinión de la juventud, desengañada de los viejos ideales, y el apoyo de los capitalistas de todos los bandos, que desean seguridad y bienestar. A cada progreso realizado en el orden material, a cada derecho respetado, corresponderán las filas opuestas con un movimiento que las acerque y permita nuevas concesiones, y a la larga, serenados los ánimos y desaparecidos de la escena los antiguos caudillos llenos de ideas exageradas, cuya presencia en ella impedía devolver la elasticidad necesaria al juego del organismo social, una oposición moderada, apenas viable, porque no tendrá abusos que denunciar ni reclamos que alzar a lo alto como banderas de guerra, establecerá un equilibrio casi perfecto entre las exigencias de los más avanzados y la prudencia previsiva de los más retrógrados.

Lento aprendizaje de la civilización por un pueblo niño que al traducirse en mi cerebro en una imagen plástica y casi grotesca por la reducción, me haces pensar en los gateos del chiquitín que balbucea sílabas informes; en las andaderas que le impiden caer al ensayar los primeros pasos, en los pinitos que hace entre una silla y una mesa, en el cuarto que atraviesa, apoyándose en los muebles, en las caminadas de a diez metros que sorprenden a la mamá sonriente, hasta que el músculo endurecido por el ejercicio y el vigor de los nervios le permiten caminar colgado de la mano de la nodriza!... Las piernecitas que apenas se sostienen tendrán más tarde tendones y músculos y altura formidable con que oprima los ijares del caballo fogoso en que cruce la llanura y las manos pequeñas y llenas de sonrosados hoyuelos cuyos dedillos sostenían con dificultad el juguete preferido, alzarán la aza-

da para labrar el suelo de la patria y la espada para defenderlo!....

Veo mentalmente la transformación del país en los personajes que me acompañarán en cada época y en cada escena de la tarea, desde la entrada a la capital a sangre y fuego, entre el estallido de las bombas y las descargas de la fusilería del ejército vencedor, mandado por lo más selecto de la aristocracia conservadora, con mis primos los Monteverdes, atléticos y brutales y fascinadores, improvisados generales en los campos de batalla, debido a sus audacias de salvajes y a los viejos jefes encanecidos en el servicio, el General Castro, por ejemplo, y los dos Valderramas, hasta el día en que estos vejetes venerables y estorbosos para mi plan duerman tranquilos en la tumba junto con los jefes civiles del partido vencido, que sesentones y tiritando de miedo presenciaron el triunfo cruento el día en que se implante la dictadura. Los que eran en ese entonces mozuelos insulsos, convertidos los unos en ventrudos ministros de Estado y los otros en flacos periodistas de la oposición, se darán cuenta en esa época distante de que los problemas adonde llegó mi imaginación, que a sus padres les parecieron insolubles, se resolvieron casi de por sí al fundar un gobierno estable y darles ocupación a los vagos, al cultivar la tierra y tender rieles que facilitaran el desarrollo del país.

En ese entonces, desprendido del poder, que quedará en manos seguras, retirado en una casa de campo, rodeada de jardines y de bosques de palmas, desde donde se divise en lontananza el azul del mar y no lejos la cúpula de alguna capilla sombreada por oscuros follajes, ya saciado de lo humano y contemplando desde lejos mi obra, releeré a los filósofos y a los poetas favoritos, escribiré singulares estrofas envueltas en brumas de misticismo y pobladas de visiones apocalípticas que contrastando de

extraña manera con los versos llenos de lujurias y de fuego que forjé a los veinte años, hagan soñar abundantemente a los poetas venideros. En ellos pondré como en un vaso sagrado el supremo elixir que las múltiples experiencias de los hombres y de la vida hayan depositado en el fondo de mi alma ardiente y tenebroso.

Llevaré allí la existencia desencantada y dulcísima de don Pedro II desposeído del trono, que lee a Renán en las tardes de meditación. Depurado mi ser de todo sentimiento humano e inaccesible a toda emoción que no venga de alguna verdad, desconocida de los hombres y entrevista por mí, en el apaciguamiento de la vejez, y con la serenidad que dan los sueños realizados, al morir, nada más, sobre mi cadáver, todavía tibio, comenzará a formarse la leyenda que me haga aparecer como un monstruoso problema de psicológica complicación ante las generaciones del futuro.

Mientras no haya realizado la primera parte de ese plan, una siquiera, no dormiré tranquilo. ¿Que es grande? Más grande era el de Bolívar al jurar la libertad de un continente en la falda de Montepincio, el de Bonaparte cuando encerrado a los veinte años en el cuartico de Dôle, pobre militarillo desconocido, soñaba con cambiar la faz de la Europa y en repartir tronos a sus hermanos como quien reparte un puñado de monedas.

JOSÉ A. SILVA.

BRUMMELL

HACIA el final de las páginas en que guarda Inglaterra la memoria de los cuatro Jorges; confundida con las hojas de laurel y de encina que coronaran las sienas de héroes y sabios, se conserva disecada una flor peculiar y exótica, flor de invernadero que no tuvo el vigor de las plantas crecidas a todo viento y cuyo único destino fue lucir un día y marchitarse. Es el memento consagrado a una extraña celebridad que dejó tras sí leve huella en los anales de la sociedad inglesa: el rastro que, en noche de fiesta, deja una hermosa mujer que entra, que atrae, que deslumbra un momento, y pasa difundiendo por el ambiente una onda perfumada y marcando en las mullidas alfombras su pie diminuto.

Aunque endurecida por el roce continuo con los grandes bronces y los mármoles inmortales, la historia encontró suavidad para recoger esa frágil figurina de Sajonia que fue, sobre la tierra de lo grave y de lo trascendental, un sibarita cuya ciencia y cuyo arte se concretaron al desarrollo de su personalidad, que no dejó otra lección que el culto de la forma y de la elegancia, que fue insignificante como el rosal extraviado en un bosque de árboles milenarios. Fue su nombre George Bryan Brummell, y llevó tan lejos la vanidad, la posesión de sí mismo, la facultad de agradar o desagradar, el refinamiento en el gesto y en el traje, que logró erigirse en eje de su mundo durante veinte años y crearse una reputación aparte que ha desafiado al olvido.

Los tiempos hacen a los hombres, y en aquella época todos alardeaban de excentricidad y libertinaje. La guillotina había enseñado a la nobleza de Francia a morir con gracia, y en Inglaterra, donde no había patíbulos, se

habían propuesto vivir sonriendo. La palma tocó a Brummell, que, si fue el más excéntrico, no fue en cambio el más frívolo ni el más libertino.

Terminaba el siglo XVIII, y la diplomacia inglesa se dio a cavar el abismo en que debía sepultarse el imperio napoleónico, momento brillante que arrojó luz redentora sobre la pequeñez de Jorge III y los desenfrenos de Jorge IV. La obra fue realizada por hombres que hacían ostentación de ligereza, en intervalos robados al placer. Pitt trazaba nuevos rumbos a la política de su país, dominaba el parlamento y movía con el oro inglés los ejércitos continentales, ebrio de Oporto; Fox dejaba la orgía y arrojaba la baraja para estudiar proyectos contra el tráfico de esclavos, negociar tratados de paz y alzar en la Cámara aquella voz irresistible que le valió el título de polemista sin igual; Nelson consolidaba en los mares el poderío británico y triunfaba en Aboukir y Trafalgar invocando la patria, el deber, y pensando en los besos de Emma Hamilton; el Duque de Hierro descansaba de sus campañas en la Península y se preparaba para Waterloo, con discretas aventuras de alcoba; Sheridan, el bohemio impróvidente, de quien se dijo que cuanto había hecho era lo mejor en su clase, fulminaba en oración legendaria al hombre que volvía de embargar la India para dotar con ella a Inglaterra; Byron, entre bacanal y bacanal, escribía *Don Juan* y *Childe Harold*; y el Regente, rodeado de favoritas, jockeys y boxeadores, se hacía llamar «el primer caballero de Europa».

Tales eran los hombres que fabricaban historia: mezcla de vicios, de extravagancias y de grandeza. Y fueron ellos los que se apresuraron a rendir homenaje al árbitro de las elegancias y a levantar el monumento de su vanidad inconmensurable. Cuando Brummell aparecía con su corbatín blanco inimitable, una sonrisa de altiva indiferencia en los labios finos y el reluciente sombrero de

copa levantado en saludo, todos se desplegaron para abrirle paso; los que volvían de la gloria se inclinaban ante el dandy de veinte años, sin pasado y sin porvenir.

El ascendiente de Brummell se explicará fácilmente si se recuerdan las palabras citadas por un biógrafo suyo, Boutet de Monvel: ser elegido miembro de White's y ser condecorado con la estrella de la Jarretiera, eran el pínaculo de las distinciones humanas. El club más exclusivista era White's, cuya admisión no obtuvieron el Conde d'Orsay ni el futuro Napoleón III; seguían Almack's, Watier's, Brooke's. Sus salones eran la capital del gran mundo y allí reinaba el fénix del dandysmo con soberanía indiscutible.

La reputación de Brummell nació con sus días universitarios, y creció con él. La suma de su filosofía fue en la práctica el precepto que ostentaba en mal latín uno de los colegios de la Universidad de Oxford, que fue la suya: *Bene nati, bene vestiti, mediocriter docti*.

William Brummell, Secretario privado de un Primer Ministro de Jorge III, fue su padre, y de él recibió una escasa fortuna que le sirvió para montar sus habitaciones en Chesterfield Street, nombre que debía recordarle a cada paso el código mundano de otro vividor elegante, cortesano de Jorge I. No pudiendo sobresalir por el esplendor, desarrolló y refinó el dón de una discreta sobriedad y un certero buen gusto. Complementó la instalación con algunos objetos de arte, una escogida bodega, un cocinero intachable, caballos hábilmente elegidos y un camarero digno de cuidar de su guardarropa. Sin haberse mecido en cuna de marfil ni disponer de un condado, quedaba cumplida así la primera parte de la fórmula, «nacer bien».

El *mediocriter docti* no era escollo en una época en que los grandes señores solían preocuparse de equitación y de esgrima antes que de libros y plumas. *La Revista*

de Edimburgo lo mantenía al corriente del movimiento intelectual contemporáneo; las *Cartas de Lord Chesterfield* le bastaban, como texto de ética y filosofía, y las crónicas galantes de la corte de Carlos II satisfacían sus curiosidades históricas. Dibujaba y hacía versos para el caso de encontrarse al frente de un álbum, y compensaba las deficiencias de su biblioteca contando entre sus relaciones algunos de los más ilustres talentos: Canning, el gran Ministro, abogado de la emancipación de la América española; George Crabbe, inteligente y virtuoso Pastor que fue ilustre a pesar de su modestia; Moore, el feliz poeta de *Lalla Rookh*, cuyo manuscrito fue pagado en tres mil guineas; la Duquesa de Devonshire, la bella musa de los Wighs, inmortalizada por Gainsborough en lienzos que se dijera pintados a la luz de la luna; la Duquesa de York, que había de ser la buena hada de los días oscuros, y a la cual no se atrevió el lápiz implacable de la caricatura que nada perdona. Quedaba satisfecho también el deber de la «mediocre ilustración»; los folios hubieran estado de sobra. Tener tales amigos era vivir a la otra puerta del ingenio y de la historia.

El mandamiento «vestir bien», que comprende en su verdadero sentido no sólo el traje sino el ademán, el lenguaje, cuanto sea cuidado personal y culto de la forma, nadie observó mejor que él. Cualquier acto, por trivial que fuera, llevaba sello característico, ese algo impreciable que fue privilegio suyo, su fuerza y su escudo. Sangre fría imperturbable, desdeñosa altanería, frase incisiva, exterior irreprochable, contaban entre los rasgos salientes de ese conjunto que, depurándose, despojado de extravagancias e insolencias, ha venido a constituir el distintivo del gentilhomme como se entiende hoy en Inglaterra en el pequeño mundo que se agita dentro de los límites de Mayfair, cuyos cánones sociales rigen dondequiera.

Extraño como pueda parecer a quienes lo confunden con un viviente figurín de modas, no fueron solamente la clásica casaca de paño azul, el calzón de seda negra y la inmaculada chorrera de muselina los que hicieron su reputación. «La clave del buen tono consiste en la discreción», decía, y en medio de la ostentación que reinaba, fue discreto hasta el punto de usar siempre unos mismos colores, de acuerdo con la hora del día; su ropa era raspada con vidrios aguzados para que no pareciera nueva, y cuando se le hablaba de pormenores de toilette solía cortar la conversación con alguna salida inesperada. Un joven a quien había impresionado el brillo de sus zapatos le preguntó por la marca del prodigioso betún:—«¿Betún? Ninguno, señor mío. Las hago frotar con espuma de champagne». Como Josefina Beauharnais, para disimular una pobre dentadura buscó el pretexto del pañuelo y lo convirtió en juguete lujoso; como Byron adoptó el pantalón largo y ancho para disimular el defecto del pie, Brummell para lucir su cuidada cabeza de color castaño rojizo abolió la costumbre de empolvársela. Un devoto de la nueva moda quiso saber quién lo peinaba:—«Me sirvo de tres, le contestó con seriedad. El primero se ocupa de las sienes, el segundo de la frente y el tercero de lo demás».

Para ser alguien se requería singularizarse, y la excentricidad de Brummell residió desde el principio en la corrección del porté, llevada hasta la sequedad, y en la sencillez, extremada hasta la desesperación. En cambio, le parecía que Irlanda no tenía bastantes telares para tejer su batista, ni Colonia alambiques suficientes para destilar su agua.

Siendo muy joven, casi niño, ya el Regente le dio prueba de particular amistad. En 1794, a los diez y seis años, recibió el raro favor de una comisión en el regimiento del Príncipe. Tuvo en seguida por camaradas a los Kerr, los

Manners, los Petersham, los Somerset, y la sociedad más exigente le ofreció, como a huésped ilustre, irrestringida hospitalidad.

Al año siguiente, prefiriéndolo a muchos grandes del reino, se le designó para recibir y escoltar, a su arribo en Inglaterra, a Carolina de Brunswick, prometida del heredero del trono. Fortunas excepcionales que aceptó él con la naturalidad con que los ídolos aspiran incienso.

Era el apogeo. Brummell contaba entonces diez y siete años y Londres era dominio conquistado: sus frases más insignificantes eran recogidas religiosamente, se espiaban sus movimientos, se comía y se bebía siguiendo sus caprichos, se miraba a donde él dirigía los ojos, sus sastres vivían en estado de asedio, su saludo en público equivalía a ser armado caballero. Todos los hombres que se preciaban de elegantes aspiraban a imitarlo, pero ninguno lo igualaba. Aquel dón que en otras esferas consagra al escritor y al artista; aquella gracia concedida a los espíritus de elección, que no se transmite ni se adquiere; la facultad que eleva el asunto más trivial, lo transforma y lo ennoblece, llamada estilo, manera, expresión, él la poseía, era en él personalidad.

Para que nada faltara, tuvo cortesanos y aduladores que le presentaran sobre cojín carmesí el cetro del dandismo, y con el cetro los golpeaba para mostrarles su agradecimiento, como es de rigor entre soberanos.

Poco a poco la frialdad se trocó en desdén, y el desdén en insolencia.—«¿Dónde estuvo anoche que no lo vimos? inquirió un amigo.—La verdad es que asistí a la comida que me ofreció un señor F... que se mostraba deseoso de que yo me enterara de su existencia. De ahí la invitación. Para hacer las cosas como cumplía me pidió que eligiera los demás invitados, y di aviso a Mildmay, Pierpoint, Alvanley y otros. La comida iba camino de ser algo decente y agradable, pero, imagínese mi sorpre-

sa ante lo que voy a referirle. Parece increíble, amigo mío: el tal señor F... tuvo la impertinencia de sentarse a la mesa y comer con nosotros».

Sólo Brummell era capaz de superar tanta insolencia, y la superó. En casa del Príncipe de Gales, en la mitad de un banquete hizo a su lacayo señal de que se acercara.—«Diga a Lord Worcester que deseó tener el placer de tomar una copa a su salud». El sirviente cumplió la orden.—«Ahora dígame que voy a tomar». El sirviente obedeció y volvió.—«Pregúntele si ya está pronto». El sirviente trajo la respuesta.—«Entonces infórmele que tomo por él», ordenó por la cuarta vez. Lord Worcester, a quien encontraba tan complicado dirigirse directamente, estaba sentado al lado suyo.

Esto duró cerca de veinte años, y hubiera durado más a no llevar su altanería hasta menospreciar en público al mismo Príncipe de Gales. Por su desgracia, la vanidad y la insolencia lo arrastraban y un día lo hirió burlándose de Mrs. Fitzherbert, la antigua favorita. Fue la declaración de una campaña desigual, que se inició con ligeras escaramuzas y que debía terminar en la más franca hostilidad. Egoísta y veleidoso, el Príncipe, cuyo pecho sonaba a hueco en el sitio del corazón, olvidó los largos años de compañerismo que lo habían ligado al dandy, olvidó que él había sido el gran arquitecto de ese templo de vanidad y le volvió la espalda con represalias. Su posición le daba el derecho de perdonar y no lo quiso. El dandy no podía dar satisfacción sin doblegarse, y no lo intentó: sabía que la mayor fruición para el primer caballero sería recibir por la empuñadura la espada del primer dandy, y decidió no rendirla.

Con habilidad increíble, Brummell había conseguido realizar la proeza de sostener su posición sin menoscabo de su pequeño patrimonio. Vino ahora el juego en grande escala con alternativas de buena suerte, pero amane-

ció un día, en 1815, que lo vio perder «las últimas miserables diez mil libras», que aún conservaba en caja de sus banqueros. De sus bolsillos desapareció también, como augurio funesto, la moneda de cobre agujereada que lo había acompañado siempre como mascota. Según él, el penique milagroso había sido adquirido por Rothschild.

La adversidad, que se llevó su dinero, no pudo domar, sin embargo, su altiva insolencia: como un joven acaudalado, que deseaba ingresar a ciertos clubs, y que le había prestado mil guineas, se permitiera recordarle la suma en presencia de amigos, Brummell lo cortó.—«¿Su dinero? replicó sin mover una pestaña. Creía habérselo pagado».... El otro lo miró sorprendido.—«¿Cuándo? ¿quiere saber cuándo? Antes de ayer. ¿No recuerda usted acaso que me hallaba en el balcón de White's, que usted pasaba por la calle y yo le dije: buenos días, Jimmy, cómo está?»

Llegó el momento de poner por obra una de sus máximas predilectas: «Permanecer hasta producir un efecto, y una vez producido, desaparecer». Su reino era todo de este mundo, y antes de que llegara la hora fatal de las claudicaciones, resolvió abdicar. El 16 de mayo de 1816, fecha marcada con piedra negra en los fastos del dandysmo, tomó Brummell el último pollo y la última botella de Burdeos; ensayó sin resultado la liberalidad de un tal Davis, que debe a ese incidente el que hoy se conozca su nombre; hizo arreglar su equipaje; gastó en vestirse más tiempo del ordinario; se dejó admirar durante breves momentos en la Opera, y de ahí montó en un carruaje para seguir camino de Dover. Al día siguiente cruzaba el Canal para no regresar.

Los últimos años de Brummell fueron nublados, tristes: la soledad, el tedio, la nostalgia de días felices, compañeros inseparables ahora, le agriaron el pan y le minaron lentamente la razón. Amigos fieles y discretos cuidaban de que en sus cofres no faltara dinero. El aceptaba con la misma despreocupación con que antes recibiera homenajes y distinciones, pero lo disipaba tan pronto como venía. En tales circunstancias tuvo un rasgo que honra su temperamento caballeroso y agradecido. Un librero le hizo la oferta tentadora de una suma considerable por el manuscrito de sus memorias. Brummell, en cuya vida resalta la ausencia de aventuras de amor, había sido amigo deferente de las mujeres más nobles de Inglaterra, entre las cuales figuraba en primer término la Duquesa de York. Dama insospechable, tranquila por su propia reputación, temía en cambio por lo que el libro pudiera guardar de desagradable para otros, y él, por respeto a sus deseos, rechazó la propuesta de esa publicación, que hubiera sido quizá la crónica más interesante de la época.

Calais fue para Brummell, durante varios años, una especie de Frohsdorf. Soberano desposeído, tuvo allí su pequeña corte; viajeros ilustres y antiguos admiradores llegaban a saludarlo, pero el olvido se acercaba y la necesidad apretó sus mallas. El dinero se evaporaba y a su puerta sonó el aldabonazo de los acreedores, cuyo ejemplar típico debió ser el avaro barbudo, desaseado y flaco por la abstinencia, que pretendía hacerse pagar dos veces para vestir alguna hija y dotarla con los despojos ajenos. Vino luego el debilitamiento mental, y un día, como bandera de barco que se rinde, el corbatín blanco desapareció para ser sustituido por uno negro. Era la aproximación del desenlace.

En alguna parte se cuenta que el Duque de Marlborough, ya en las postrimerías y fulminado por un golpe de sangre, fue sorprendido llorando ante un retrato suyo.

que lo representaba en los días triunfales de Oudenarde y de Malplaquet. Así fue con Brummell. A veces, en medio de sus tristezas, el recuerdo revivía. La imaginación se daba a reconstruir el cuadro brillante de las mañanas de Ascot, de las tardes de Brighton, de los festines en Carlton House y las veladas de White's, y entonces despertaba de su somnolencia para preparar festividades imaginarias. Se encendían luces, se prodigaban las flores, desplegaba las puertas y esperaba a los invitados fantásticos: el Regente, la Duquesa de Devonshire, Lady Jersey, Lord Yarmouth.... que no llegaban. El último del cortejo era un dandy: a su entrada cesaban las conversaciones, las miradas lo acechaban y él pasaba, dominando los grupos con aire desdeñoso. De los labios entorpecidos del visionario brotaban entonces sílabas lentas como para anunciar al visitante: George Bryan Brummell. La evocación se desvanecía; los fantasmas brillantes se alejaban ennegreciendo aún más la realidad de sus sombras, y el demente caía de nuevo en su letargo.

Semejante a Sheridan, la muerte llegó a salvarlo de la miseria. Cuando él desapareció en 1840, el dandysmo había cedido el paso a la burguesía que lo enterró, como las armas de fuego acabaron con los guerreros de espada y encajes.

Historia frívola la de Brummell, incomprensible para quienes sólo buscan en la vida la faz de lo trascendental; para los que caminan con precaución por no perturbar con sus movimientos las leyes de atracción y de gravedad. Los otros, los que tienen ojos para ver el anverso y el reverso de la medalla, los que creen en la relatividad de las cosas, no extrañarán que exista una urna consagrada por la memoria de los hombres a las cenizas irrisadas del último dandy.

ALFREDO RAMOS URDANETA.

MEDIO CIRCULANTE (1)

DURANTE la presente legislatura, la Cámara de Representantes, al discutir ciertas cuestiones de hacienda, dio muestras de obrar bajo el influjo de un espíritu genuinamente sincretista. Esta actitud filosófica, aplicada a asuntos de otra índole, nos hubiera ofrecido las ventajas de una tolerancia exquisita; pero en cuestiones de economía política, que es ciencia experimental, aquella modalidad del pensamiento ha de conducir fatalmente al fracaso, es decir, a la conservación de las formas caducas y gastadas que coartan el progreso, prolongando la suerte precaria contra la cual lucha el pueblo de este país en medio de potencialidades económicas incomparables.

Cerca de una docena de proyectos de ley que tendían a la consagración de corrientes diferentes en lo que se refiere al medio de cambio, fueron presentados a la consideración de la Cámara, la que decidió seleccionar en tan variado campo para formular el nuevo proyecto que hubiera de merecer general aprobación; mas como no fuese posible conciliar opiniones antagónicas en materias científicas, no se llegó a ningún resultado práctico, y la discusión vino a concretarse entre los partidarios de la unidad bancaria y los de la pluralidad de bancos emisores. Después de largas deliberaciones, por gran mayoría de votos la Cámara se pronunció en favor de la pluralidad.

(1) En prensa el presente número, hemos tenido la complacencia de leer en la entrega de la *Revue des Deux Mondes*, correspondiente al 15 de octubre, llegada con el último correo (noviembre 28), y bajo la firma de Raphaël Georges Lévy, uno de los más célebres economistas modernos, las mismas opiniones que expuso en estas columnas (número de agosto) nuestro colaborador señor de Narváez, sobre la nueva organización bancaria de los Estados Unidos, y de las cuales trata en el presente artículo.—(Nota de L. D.)

Candentes discusiones sobre el mismo debatido asunto, que parecían haber agotado la materia y que hicieron época, tuvieron lugar en Francia en los años de 1847 y 1848, dando por resultado el que se privara a los bancos departamentales del derecho de emisión para centralizar esta función en el Banco de Francia. Desde entonces, y durante los sesenta años transcurridos, la misma evolución hacia la unidad de la emisión ha venido cumpliéndose en todo el orbe, y no queda (1), en el momento en que escribimos, país alguno que llegado a un desarrollo económico apreciable, conserve con signos visibles de provecho un sistema que ha sido probado y abolido ya en las naciones más experimentadas (2).

(1) Véase REVISTA MODERNA de agosto. *Bancos de Emisión*.

(2) Suiza y los Estados Unidos son los dos últimos países que han consagrado esa unidad, y estas democracias federales, donde la división política del territorio en cantones o estados favorece particularmente los sistemas plurales de emisión, son casos que tienen significación concluyente.

Hay aquí quienes hayan creído que la última ley bancaria de los Estados Unidos no consagra esa unidad de la emisión, y se fundan en que en la *Federal Reserve Act* no aparece ninguna prohibición expresa de emitir a los bancos nacionales que usaban de ese derecho. Conviene recordar que los billetes de los bancos nacionales americanos están respaldados con bonos de la Deuda federal, y que hay gran interés, por consiguiente, en que la eliminación de esas emisiones sea paulatina evitando así la salida súbita a los mercados financieros de títulos de la deuda del Estado cuya acumulación brusca podría determinar en el valor de ellos una depreciación incontenible. La ley ha prescrito a todo banco nacional, bajo pena de suspensión de su privilegio (*charter*), adherirse al nuevo sistema y suscribir para el capital del *Reserve Bank* de su distrito una suma equivalente al seis por ciento de su propio capital y de sus reservas, y el «noventa y nueve por ciento de los bancos nacionales, que representan el noventa y nueve y tres cuartos por ciento del capital de los bancos nacionales, se había adherido ya el 28 de febrero de 1914». (NELSON'S. *Banking in the United States*).

La importancia de la ley americana, y lo definitivo que hay en ella, es que se haya creado un billete nacional, garantizado por reservas metálicas, convertible por oro, emitido por una sola entidad, la cual conserva el control de la circulación en todo el país, y que ese billete sea de obligatorio recibo en el pago de los impuestos y rentas del Estado. De esta manera el radio de influencia en la circulación de cualquier otro billete queda tan reducido que acaban por encontrarse sin justificación y sin función las emisiones de otras procedencias, las cuales desaparecen insensiblemente con el tiempo.—(N. del A.)

La resolución de la Cámara de Representantes, en los tiempos que corren, revela el más señalado desdén histórico; y si a esto se agrega que donde se contempla el establecimiento de la libertad de emisión es en un país cuyo régimen monetario es el papel moneda de curso forzoso, tenemos que concluir que existe además un olvido intenso de las leyes que regulan la circulación de la moneda. Una de éstas, bastante conocida de nombre, sin embargo, merece recordarse en sus aplicaciones relacionadas con el papel moneda.

En los años de la Reina Isabel de Inglaterra, se promulgó un edicto que parece haber sido inspirado por un caballero de la época, fundador del Royal Exchange, llamado Sir Thomas Gresham, que tendía a corregir el fenómeno, de tiempo atrás observado con decepción por el legislador, de que las piezas nuevas de buen peso que se lanzaban al público para reemplazar las viejas y usadas, desaparecían constantemente de la circulación sin lograr tomar el puesto de aquéllas. Bajo el nombre de *ley de Gresham*, sugerido por Macleod en 1857, por la circunstancia arriba mencionada, han llegado hasta nuestros días los principios establecidos en aquel edicto, condensados en la frase popular, *la moneda mala desaloja a la buena*. Esta fue la faz primitiva de la ley y su forma más simple, «pero transcurrieron siglos de chapucería (*bungling*), como dice Steele, y de detrimento para las naciones antes de que llegase a su desenvolvimiento lógico y se considerase como un principio de la circulación, reconocido en finanzas nacionales e internacionales, el convencimiento de que *un deudor pagará siempre a su acreedor en la moneda menos valiosa que se le acepte*».

Macleod expresa la siguiente fórmula de la ley (1): «La moneda de peor calidad en circulación regula el valor

(1) Véase Macleod. *Theory and practice of banking*.

de la totalidad del medio circulante y desaloja todas las demás monedas que haya en la circulación». Tres aplicaciones principales establece: donde circulan monedas del mismo metal, unas usadas y de peso inferior a otras de peso completo; donde circulan monedas de dos metales diferentes, uno de los cuales no guarda proporción de valor en relación con el otro; y donde un papel moneda inconvertible circula al mismo tiempo que una moneda metálica. Esta tercera aplicación es la que nos interesa. De ella establece Sykes la siguiente conclusión: «*Cuando un papel inconvertible ha sido emitido en exceso, es decir, en tal extensión que el monto total de la circulación resulta mayor que el monto normal requerido por el país, aquel papel inconvertible tiende a desalojar los metales preciosos de la circulación*» (1). Esto es lo que ha ocurrido en Colombia, en donde una cantidad de papel moneda inconvertible, emitido en exceso y por consiguiente depreciado, mantiene con premio el oro y la plata. En estas condiciones es obvio que el papel es el medio más barato de pago para el deudor y las existencias de oro o plata desaparecen completamente.

Al decir la moneda mala desaloja a la buena, ello no quiere necesariamente decir que salga del país, sino solamente de la circulación. Este es el caso con un medio circulante compuesto de dos o más clases de papel, desigualmente inconvertibles o de garantía más clara una que las otras: el de clase inferior desalojará invariablemente a los demás de la circulación, sin que ello signifique que haya sido exportado, como ocurre en el caso análogo con los metales preciosos, que por lo general se van del país en moneda o en barras.

No es nuestro ánimo hacer aquí detallada exposición sobre un principio económico que está estudiado y expuesto

(1) Sykes. *Banking and Currency*. Ch. III.

en obras de la mayor autoridad (1). Sólo hemos querido esbozar algunas de sus aplicaciones en relación con una circulación de papel moneda inconvertible, en momentos en que la Cámara de Representantes ha manifestado inequívocamente su voluntad en el sentido de que se autoricen nuevas emisiones bancarias de papel más o menos inconvertible para que funcione en competencia con la gran masa de papel moneda nacional, de curso forzoso, que forma el régimen monetario del país.

Por otra parte, de lo que hemos expuesto dedúcese además claramente que entre nosotros no existe escasez de medio circulante. Una circulación de papel inconvertible se deprecia cuando éste ha sido emitido en exceso para las necesidades de la comunidad comercial. Tales son las condiciones aquí reinantes, y dentro de ellas parece absurdo invocar, como justificación para nuevas emisiones, *la escasez de medio circulante*. Tan socorrido argumento, de fácil acogida en el público, ha sido la plataforma de los proyectos de libertad de emisión presentados para la legislatura de este año.

El fenómeno de *escasez de medio circulante* en un país que se halla bajo el régimen del papel moneda inconvertible, se ha experimentado en otras partes, y debemos decir que se trata en realidad de un simple espejismo. Dice Conant a este respecto al estudiar la evolución del papel moneda en el Brasil: «Como en casi todas las orgías de papel moneda, la cantidad emitida (*the supply*) parecía no igualar nunca a la demanda, y cuando los canales de la circulación se hallaban más inundados de papel depreciado, mayor era el clamor de que la cantidad de medio circulante era insuficiente para las necesidades del país» (2).

(1) Parece que Copérnico y Erasmo habían presentado ya el mecanismo de esta ley económica.

(2) Conant. *History of Modern Banks of Issue*. Ch. XVIII.

El crédito es compañero invariable de la prosperidad y de la riqueza. Cuando la producción se paraliza, el crédito desaparece, y a medida que éste se va, el número de las transacciones comerciales al contado aumenta naturalmente y la demanda de dinero es mayor: de aquí la creencia de que lo que escasea es el medio circulante, cuando lo que en realidad falta es el elemento crédito.

Frecuentemente se confunden los fenómenos de falta de producción de riqueza y los de paralización del crédito, con los de escasez de medio circulante.

El problema que exige aquí una legislación adecuada e inteligente no es, pues, el de *escasez de medio circulante*, sino el del fomento de la producción de la riqueza; de desarrollo del crédito, poderoso elemento de la actividad comercial, que ha desaparecido completamente de nuestros mercados, y el de la creación de reservas metálicas que valoricen el papel moneda y permitan su conversión en lo porvenir, haciendo así posible la adopción de un sistema monetario fundado sobre bases científicas.

ANTONIO DE NARVÁEZ.

Noviembre: 1915.

LAS RUINAS DE LOVAINA

LOVAINA, amada de mi corazón ingenuo y férvido de adolescente, cuando el estudio me atraía hacia la vida y me preparaba para el arte! En los claustros de tus colegios, en tardes de invierno, leí por la primera vez los altos poetas: Dante, Shakespeare, Corneille, Goethe, Vigny, Hugo. Tus monumentos ilustres grabaron en mi retina el encanto de la línea y el esplendor y la armonía de la piedra. Tus obras maestras de pintura me

revelaron lo que puede ser la feliz alianza de dos colores; por ellas conocí, en su ambiente propio, la belleza según la comprenden en Flandes. Lovaina! jamás te he apartado de mi recuerdo, porque jamás he podido alejarte de mi corazón. Creencias distintas de las que profesas, ideas diferentes de las que propagas, emociones que no son las tuyas, han podido cruzar por mi cabeza y llamar en mi pecho sin que los lazos que a ti me ligan se hayan roto ni aun relajado, porque te guardo siempre en el fondo de mi sér y hasta lo más recóndito de mi conciencia llega, sin que yo mismo sepa por qué resquicio, un rayo de tu luz; es que nunca el hombre rompe por completo con su pasado cuando éste ha sido parte de una alma devota de la meditación y del recogimiento.

Quiero en esta hora hablar algo del arte que fue tuyo, de la atmósfera que lo circundaba, de los testigos que lo proclamaban a la faz de un sol benéfico. Quiero hablar de tu vida de estudio y de aliento, y decir lo que eran para ti las letras y las obras maestras. Quiero recordarlo hoy, cuando todo lo que era claridad, pujanza y esplendidez se ha convertido en ruinas y en ceniza, y limpiar de tu faz hermosa y serena la sangre de las carnicerías y la marca pavorosa de las llamas. El soldado alemán te ha violado, te ha saqueado, te ha incendiado, sede del saber y del orden; se ha cebado en ti y te ha desgarrado, y su delirio crecía a medida que se desplomaban los muros y las bóvedas de tu catedral y que se abatían, como palomas ígneas, tus libros inflamados, agitándose en el viento. Para mostrar al mundo lo que piensa de las viejas civilizaciones, la cultura teutónica te eligió por mártir, dejando testimonio de que para ella el bien y el mal no significan lo mismo que para nosotros; donde reinaban la fraternidad y la paz ha levantado altares a la fuerza y a la discordia.

No hubo violencia que faltara. El 25 de agosto, al caer de la tarde, sin que nada justificara el crimen, la ciudad, después de deponer las armas, fue acribillada por las miriadas de balas de un ejército enloquecido. Granadas, paquetes incendiarios, materias inflamables: toda la química infernal de los laboratorios alemanes se descargó sobre ella. Los edificios ardían; las plazas se convirtieron en un hacinamiento indescriptible de objetos salvados en medio de la angustia; los habitantes eran cazados de calle en calle, de parque en parque; los viejos, las mujeres, los niños, los sacerdotes, eran presa escogida y acechada. Los pillajes más metódicos y rápidos que recuerda la historia, fueron igualados sino excedidos.... En tal casa una mujer acaba de dar a luz. Los disparos redoblan. El hombre levanta a la mujer, la envuelve en unas mantas y sube con ella en brazos por la escalera, en busca de salvación. La noche es oscura. En la calle todo es fogonazos y detonaciones. El asalto arrecia. De repente, sobre el brazo que sostiene la cabeza de la mujer, se extiende algo tibio y húmedo. En las tinieblas el hombre nada distingue y deposita en el suelo su carga sagrada. Enciende de cualquier modo una luz. La mujer yace ante él, inmóvil, con el cráneo destrozado. Eso que había sentido correr sobre su brazo, cerca de la mano, eran los sesos de la muerta. Por la acera el soldado alemán continuaba disparando su arma, acertando.

Durante una semana ardió Lovaina. De la parte moderna de la villa, la plaza del Pueblo y la calle de la Estación, no quedan sino escombros. Pasados aquellos días luctuosos, pintaron la estación para disimular al viajero el horror que se esconde detrás del monumento, y me aseguran que hoy se han interpuesto tabiques de tablas para ocultar el crimen alemán a la indignación y a la curiosidad. Pero cuántos días han corrido antes de que la vergüenza, ya que no la reprobación, haya sido compren-

dida por los vándalos. « Hemos querido dar una lección », dicen, y lo han conseguido ciertamente. Sólo que la lección se ha vuelto contra ellos. Si para Bélgica fue el terror, para ellos ha sido el deshonor: descubrieron el fondo de su pensamiento y el mundo, que se inclinó para verlo, retrocedió sobrecogido de espanto.

Tres célebres monumentos atestiguan la veneración con que el arte era exaltado en Lovaina; mil testimonios prueban que hoy también lo es. Hablemos del pasado y hablemos del presente.

Cuando una ciudad ha logrado encerrar dentro de sus murallas la santa Catedral de San Pedro, el laboreado palacio municipal de la gran plaza y la Universidad grave y severa, puede decirse que posee la vida en su más perfecta manifestación: la catedral, consagrada al culto de su religión; el palacio municipal, a la existencia civil; la universidad, dedicada a la ciencia.

San Pedro pertenece al tercer período del estilo ojival. El templo se ha despojado de todo pesantez, no hay en él macizos pilares, ni espesas ojivas, ni ábsides que abruman; todo allí es ímpetu y plegaria. No es que se eleve, es que se lanza al mismo cielo. Las columnas son como haces que juntaran el arranque y el fervor para proyectarlos en masa hacia las bóvedas. Son los votos de un pueblo que se uneñ antes de subir a la nube. Jamás se logró dar fervor más vivo y más puro a la piedra dócil; jamás se lanzó al espacio línea arquitectónica con delirio más cálido y más loco. En estío, a cierta hora, he creído ver la iglesia de San Pedro espiritualizarse de súbito, refulgir, arrancarse del suelo como en éxtasis. Para los que tienen ojos para ver, era en verdad la realización de un milagro.

Al inaugurarse cada año las tareas académicas, en San Pedro se cantaba la misa del Espíritu Santo. El cortejo negro y violeta que formaban los profesores vestidos con

sus togas se encaminaba desde la universidad hasta el portal de la iglesia, precedido por los maceros, ataviados como en la época de la dominación española, majestuosos y graves. Uno de ellos se llamaba Augustinus y dijérase que el jansenismo le había imbuido su espíritu.

Los oficios, pausados, imponentes, semejaban despliegue de hermosos brocateles. Al ofertorio, alguna voz clara y argentina entonaba el *Tu es Petrus*, compuesto en otros siglos por un músico de Lovaina, un viejo aristócrata cuya fama no conoció rival y que se llamó el Caballero van Elewyck. Estudiantes y profesores conocían todos el himno y lo amaban por los recuerdos que evocaba. La misa del Espíritu Santo y la inauguración del año de estudios habrían sido incompletas si aquellas notas no hubieran llenado las naves del templo. Terminada la ceremonia, el cortejo desfilaba por los mercados, y en él veíanse los nuevos profesores que el Arzobispo de Malinas acababa de unir a los antiguos.

¿Qué decir de la maravilla de arte del palacio municipal? Imposible concebir arquitectura más regular ni más variada. Hubiera podido tomarse por un mueble de piedra, cofre o urna, colocado a la vera de la gran plaza. Y éste era a un tiempo su defecto y su encanto.

Extremando la crítica podría afirmarse que carece del carácter de monumento; examinando en cambio únicamente el arte, se experimentará la irresistible seducción del decorado de los cuatro frentes exteriores, abundante y magnífico, y la tacha desaparecerá.

No fue este mismo palacio el que presenció la revuelta del pueblo en 1379. El no fue testigo de la rabia desencadenada de los artesanos que en aquellos días rojos lanzaban por las ventanas a los nobles. Los cuerpos, al caer, eran recibidos por las milicias de las corporaciones en la punta de sus picas y paseados por las calles. Desencadenamiento formidable que con dificultad lograron

dominar los Duques de Brabante. El actual palacio, que escapó por milagro a la tarea destructora de los alemanes en 1914, data de 1447, cuando ya la Universidad de Lovaina había sido creada por una bula del Pontífice Martín V. Fue obra de Mateo Leyens, que levantó sin ayuda todos los planos y todos los diseños.

La unidad que caracteriza el edificio es talvez demasiado estricta. La simetría más rígida parece apretarlo como una tenaza; pero, cuánta variedad en las estatuas y en los bajo relieves! Es como si hubiera sido construido para servir de galería a toda la historia esculpida del Antiguo Testamento. Allí el mundo bíblico va desarrollando los dramas de Abraham, de José, de Job, de Saúl y de David en toda la sencillez de la época. El tema satírico se roza con el asunto sentimental, con la tragedia y la farsa, con la crónica y la leyenda. Es una obra que se lee y que se comenta más de lo que se ve, y que sólo se manifiesta en toda su plenitud después de reflexión profunda y examen minucioso.

Bajo el Duque Juan II de Brabante la naciente universidad se instaló en las antiguas galerías de los tejedores. Lovaina, hasta la hora de su despertar a la vida de ciencia, era, como Ipres, Gante y Brujas, una ciudad de corporaciones y de industrias. Sus esmerados productos eran la razón de existir; el mundo entero solicitaba sus paños. El sentimiento popular, en pugna con el espíritu feudal, la exalta, la desgarrar y la arruina. También como los de Ipres, Gante y Brujas, un día sus artesanos van a establecerse al otro lado del mar; depósitos, factorías, habitaciones quedan entregadas al silencio y al abandono.

El Papa Martín V estableció tres facultades: teología, derecho y medicina, y tres grandes hombres las ilustran: Vesalio, Erasmo y Lipsio.

Vesalio renueva la ciencia anatómica. Galeno sólo había practicado la disección en animales, especialmen-

te en monos, y por analogía sus observaciones se aplicaban al organismo del hombre. La innovación introducida por Vesalio en medicina y cirugía fue esencial: por primera vez se estudió la estructura del esqueleto humano; y la precisión trajo consigo mil descubrimientos.

El mundo conoce la fisonomía fina y descarnada, y el ojo como emboscado de Erasmo. Holbein fijó esa imagen en un cuadro maestro. Cuando el grande escéptico holandés, que algunos comparan a Montaigne y otros acercan a Voltaire, vino a establecerse en la villa brabantesa, se hallaba Europa en plena lucha religiosa. Quería vivir en paz, en el silencio estudioso y amigo. Amaba el aire suave que flota sobre las llanuras que se extienden muellemente hacia Hérent o hacia Heverlé. Los bosques daban sombra cariñosa a sus meditaciones, y su existencia se serenaba en ese ambiente fresco y luminoso. ¿Qué libros escribió en comunión con los objetos y el paisaje que lo rodeaban, que parecían atentos a sus pensamientos? ¿Qué palabras confió a los ecos del Monte César y a los bordes escarpados del río Dyle? ¿Dónde residió? ¿Prefirió vivir entre la burguesía, como Espinoza un siglo después en Amsterdam?

Justo Lipsio, por su parte, fue profesor allí donde Erasmo se limitara a escribir y a soñar. Cuán distintas las manifestaciones del espíritu de estos dos humanistas: ante la seriedad del belga, el holandés sonreía no comprendiendo sus tímidas inquietudes ni sus vacilaciones de conciencia, y se mantenía encastillado dentro de su reserva, mientras Lipsio tomaba orientaciones para abandonarlas en seguida.

El mundo católico reclama hoy a Justo Lipsio como campeón suyo, y la paz se ha hecho alrededor de su memoria. Sobre un terraplén, en la calle de la Estación, Lovaina le ha erigido una estatua que por su solidez y su expresión se dijera clavada al suelo como para fijar por

fin al hombre en una actitud definitiva. Era natural de Ysche, pequeña colmena de campesinos en quienes la laboriosidad se hermanaba con la sana alegría. Sobre la plaza principal se alzan la iglesia y el cementerio, rodeados por hospederías y tabernas, y cuando los órganos, pistones y clarinetes lanzan sus notas regocijadas, me dicen que se espera alegrar a los muertos antes que divertir a los vivos.

La grande escalera de las galerías universitarias que conduce a la biblioteca podría reconocer aún las pisadas de Vesalio, de Erasmo y de Justo Lipsio, cuyas obras figuraban entre los libros más venerados de la ilustre colección que se honraba poseyendo el ejemplar maravilloso del *Tratado Anatómico* de Vesalio, regalo de Carlos V.

Allí se hallaban algunos incunables de la mayor rareza, junto con prodigiosos manuscritos; en ellos se podía seguir paso a paso el progreso de la miniatura flamenca desde los comienzos hasta la decadencia: castas imágenes de vírgenes y santos, escenas evangélicas con sus atavíos multicolores, perfiles delicados y finos que parecían trazados con plumas arrancadas a las alas de una ave diminuta.

¿Qué fue de incunables y de manuscritos? ¿Qué suerte tocó a la *Anatomía Humana* de Vesalio y a la espléndida cubierta que ostentaba las armas imperiales? ¿Dónde están los escritos de Erasmo y de Lipsio, dónde los de Jansenio, Obispo de Ipres, cuya vida se deslizó también en la soledad apacible e inspiradora de Lovaina? Tánta obra maestra vino ayer a servir de pasto a la hoguera encendida para devorarlas.

En medio de tres grandes monumentos y rodeados de sombras ilustres, viven los estudiantes de Lovaina. Allí se templan sus almas jóvenes y enteras, tanto más cuanto que las enseñanzas son esencialmente tradicionales y que el pasado reina sobre el presente. En Bruselas la

doctrina universitaria marcha empujada por corrientes modernas; la conquista del porvenir preocupa más que los nobles ejemplos del pasado. Entre las dos universidades existe la misma rivalidad que divide los dos ideales. No obstante, ha habido tal acercamiento de espíritu por causa de la guerra, que la Universidad de Bruselas no vaciló en contestar a las autoridades alemanas que le ordenaban reanudar sus cursos: «En tanto que Lovaina esté privada de maestros y discípulos, nosotros, sus competidores y émulos, hemos determinado no aprovechar las ventajas que nos ofrece el destino y rehusamos obedecer».

Y las palabras siguientes se cruzaron entre la comandancia alemana y la autoridad académica:

—«Es necesario abrir los estudios para no perjudicar a vuestros discípulos».

—«Dos terceras partes de ellos están en la línea de batalla».

—«¿Y la otra tercera parte?»

—«Esa no nos interesa».

Las artes eran objeto de honrosa preferencia en la época en que yo tomaba asiento en los bancos universitarios de Lovaina. Nuestros ojos maravillados se detenían ante los cuadros conservados en la Colegiata de San Pedro, las obras de Thierrri Bouts, quien vino de Harlem a establecerse en Lovaina, representante de los métodos y de la técnica de las escuelas de Brujas y de Gante.

Contrastando con Juan van Eyk, que encarna la gravedad y la fuerza, Quintín Metzys representa la distinción y la gracia; y la elegancia de Van Dyck se contrapone al vigor y a la fogosidad de Rubens. Decir que la pintura flamenca no es otra cosa que la energía exagerada hasta la brutalidad, es olvidar, por ligereza o desvío, que la lista de nuestros grandes maestros cuenta a un Metzys y a un Van Dyck, quienes dotaron a la pintura de los

países del norte de transparencia, de delicadeza y de refinamiento. Hay manos pintadas por Metzys que hubiera querido firmar el más ilustre de los italianos, un Botticelli, un Ghirlandajo, un Lippi. ¿Quién asegura que el estilo aristocrático de Van Dyck no dejara su sello y su altivez en la tradicional elegancia inglesa? Fue él quien la mostró a las miradas de la posteridad y quien le dio existencia perdurable con su pincel ágil y espontáneo. Los Buckingham, que fueron sus modelos, debieron a su turno estudiar y corregir sus ademanes para realizar en la vida la gracia de los lienzos. Si el modelo inspiró al pintor, también el pintor influyó en el modelo. Van Dyck y Metzys serán siempre señores del encanto.

Pero, aún más que la pintura, en Lovaina nos atraían y nos entusiasmaban las letras. Un erudito profesor, Léon de Monge, cuyo culto inquebrantable por el clasicismo no le impedía comentar novelas de caballería y descubrir la magia de las leyendas celtas, nos enseñaba a amar, a pesar de ligeros sarcasmos, a Hugo, Musset, Vigny, Gautier, Beaudelaire.

La *Sociedad Literaria* era presidida por él con la justa dosis de parcialidad requerida para mantener latente el espíritu de lucha, ardoroso y fecundo. Era gentil hombre antes que todo, y gastaba exquisita cortesanía para combatir, con tenacidad sonriente y en nombre del gusto y de la verdad, los principios del romanticismo; pero era también pronto en el elogio aunque el trabajo que lo merecía fuera irreverente contra Corneille, Racine, Boileau. Cuando la discusión se avivaba en exceso, tenía tacto para ponernos a todos de acuerdo, gracias a la admiración general por Molière.

El recuerdo de tales discusiones sería casi pueril en esta hora, a no ser porque en ellas participaban personajes que han sido consagrados, casi todos, por algún gran destino. De la *Sociedad Literaria* de Lovaina surgió el re-

nuevo literario que produjo poetas como Albert Giraud, Iwan Gilkin, Georges Rodenbach. Hasta allí pueden trazarse también los orígenes del movimiento llamado «Joven Bélgica», a que se afiliaron más tarde Maeterlinck, Charles Van Lerberghe, Georges Eeckhoud, Fernand Severin y Max Elscamp.

Antes de 1883 hubo en Bélgica algunos escritores aislados: Charles Decoster, Octave Pirmez, Camille Lemonnier, Edmond Picard, Victor Arnould, pero no había agrupación ni falange. La llama que iluminó la hoguera y lanzó resplandores por todos los horizontes literarios, nació en Lovaina. A ese acto llevamos juventud, entusiasmo, prejuicios, iras y locuras. ¡Qué de audacias, valor y voluntad; qué aventura tan bella y tan singular!

Y esto es lo que merece recordarse: que aquellos que albergó Lovaina hace cuarenta años, gracias a su atmósfera saturada de enseñanzas, a sus obras maestras contempladas con amor, gracias a las sombras de sus grandes muertos, se armaron allí para consagrar su existencia a sus ideales de arte. Lovaina no les dio el genio ni el talento; pero presidió al despertar de sus inteligencias privilegiadas. Allí todo tenía algún significado, las calles, las encrucijadas, los parques, las avenidas. Allí estaban los bancos sombreados que convidaban a la lectura de los poetas y al estudio de los pensadores. Allí el espíritu del idealismo y de la meditación sopló sobre ellos para indicarles los senderos por donde transitan quienes han de trazar su nombre en la historia de su siglo.

La ciudad de Lovaina, emblema de paz, de recogimiento y de saber ha de alzarse sobre las ruinas y resurgir a la luz antes de que Alemania quiera entronizar allí su ciencia expedita y seca, profesores asalariados como oficiales, métodos inflexibles sin iniciativa y sin vida. La ciencia, ya sea estética, industrial o militar, nada vale si el arte no la acompaña.

Y es el arte justamente, ese algo indefinible y espontáneo, lo que Alemania desdeña en sus obras, en sus pensamientos, en sus conceptos, en todas las manifestaciones de la actividad. Ha querido regular el mecanismo universal y ha empequeñecido el mundo. A la lucha gigantesca en que hoy se juega el porvenir de Europa, no ha aportado siquiera un guerrero de genio. Su táctica es igual: atacar y defenderse según planes invariables como la fiera en los bosques. Su mano empuñará siempre la daga, pero jamás levantará una antorcha, que es el símbolo del arte. Su victoria borraría de la tierra el arco iris de las flores y el reflejo de los astros. El método reemplazaría al ingenio, y Alemania no comprendería siquiera el mal que habría hecho recortando el vuelo al pensamiento: quizá ello fuera su mayor orgullo.

EMILE VERHAEREN.

(Traducción de REVISTA MODERNA).

REVISTA POLITICA

LA Iglesia consagra una época del año a la penitencia y a la meditación; el comercio se apresura en estos fines de año a producir cuentas y a hacer el balance de sus negocios. Hagamos nosotros en las páginas siguientes el balance político del año que termina, y consagremos unos instantes a la meditación de los hechos cumplidos y a estudiar sus consecuencias para lo porvenir.

En lo que hace referencia a la situación económica y fiscal, vemos que no obstante los augurios de quienes desde 1914 vaticinaron el desastre para 1916, y obtuvieron, con el fin «de conjurar la crisis», toda suerte de autorizaciones para el Ejecutivo, las rentas públicas marchan en

aumento. Hé aquí lo que ellas produjeron comparativamente en el mes de enero y en el último cuatrimestre, según datos que publicó *El Tiempo*:

Enero.....	\$ 724.522
Julio.....	1.060.794
Agosto.....	955.631
Septiembre.....	1.029.048
Octubre.....	1.056.405

Como es sabido, el Congreso fijó el presupuesto nacional de rentas para 1916 en la suma de \$ 14.794.000. Todo hace creer que este cálculo sea bastante aproximado; y si el Gobierno se sujeta a un plan de severa economía, podemos esperar con fundamento que él no sea superado por la cuantía de los gastos.

El movimiento de exportación, por otra parte, ha marchado en aumento progresivo, y ha superado en mucho al de importación extranjera; de donde resulta un considerable saldo a favor de la riqueza nacional.

No obstante la guerra europea, que en un principio sirvió para anular toda iniciativa por parte de pesimistas indolentes, las industrias nacionales y los negocios en general siguen su curso normalmente a la sombra de la paz interior, que hoy más que nunca se halla sólidamente afianzada.

Lo anterior demuestra que las crisis económicas, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, no fueron nunca resueltas por los legisladores: ellas lo son por el trabajo y el instinto de los pueblos y por la cordura de los gobernantes.

Durante largos años «la política» fue regulador y alma máter de los destinos del país, y no sin razón. A ella se hallaba vinculada la tranquilidad pública, la seguridad individual, el capital, el ahorro y la vida. Desde el co-

merciante en grande escala hasta el último buhonero; desde el rico hacendado hasta el más humilde de sus arrendatarios, todos se veían a diario obligados a consultar el termómetro de la política y a interpretar las actitudes de los ominosos condottieres que durante tan largos años mantuvieron en zozobra al país, cuando no lo lanzaron al abismo de la guerra.

Hoy las cosas han cambiado. El país clasifica dentro de la denominación genérica de vagos, o sean gentes sin profesión que pueda declararse, a los profesionales de la política. Sus gestos no inspiran miedo, y sus vociferaciones sólo causan desdén: así los insultos del espadachín que, ayer temido, vemos hoy con el brazo retorcido por la parálisis (1). Con sentido práctico, digno de la raza anglo-sajona, imputamos «a pérdidas y ganancias» el salario que el país paga a aquellos inválidos de la acción fecunda y noble, y también el monto de sus no escasas granjerías. Hechas las cuentas, algo nos ha de costar su descrédito: lo que hemos adquirido vale más que lo pagado.

Es ésta la razón de la general indiferencia con que fue mirado el ingenioso enredo de la elección para Presidente del Senado durante las sesiones extraordinarias decretadas por el Gobierno. No han olvidado nuestros lectores el escándalo que tal elección produjo, y ante el cual resultó pálido el espectáculo de boxeo con que nos había regalado la Cámara en sesión anterior. Fue el caso que el grupo directorista, sintiéndose en minoría y previendo que sería electo el candidato de los disidentes, resolvió atropellarlo todo antes que permitir que tal cosa aconteciera. El Presidente saliente optó, contra toda ley, por «declarar clausuradas las sesiones», lo que produjo indes-

(1) ¿A quién alarmó la amenaza de «una guerrita de cuatro meses» lanzada en pleno Senado por algún gamonal lugareño? El cambio sobre el exterior no subió por tal causa un punto. ¡Cuándo esto en épocas de infausta recordación!

criptible confusión. Gritos, frases hirientes, manoteos, porrazos, convirtieron el recinto del Senado en circo de feria. El Presidente baja del solio, vuelve a subir y desaloja al Vicepresidente, levanta la sesión, la abre de nuevo, todo esto en medio del clamoreo de los directoristas, que amenazaban con retirarse del recinto. Las barras—nota cómica entre tanto desorden—piden ser respetadas por los honorables. La calma se restablece a las 9 de la noche. La elección se lleva a efecto. Los disidentes han triunfado.

¿Qué significación tiene esa victoria para el engrandecimiento patrio? ¿Acaso se trataba de la salvación común? ¡Oh, caso extraordinario! Entre nosotros, en donde los políticos poco prevén en relación con el desarrollo y progreso nacionales, se vio con visión de estadista que en el caso de ser elegido un presidente directorista, el grupo disidente apellidado «espurio» corría serio peligro de no volver a ocupar su curul en el próximo período. Ante semejante probabilidad, no se vaciló en rebajar el nivel del Senado de la República al de un baile del candil en noche de carnaval. Y sin embargo, el país adelanta. *E pur si muove.*

Para quienes no pudo ser indiferente aquella jugada política, fue para don Marco Fidel Suárez y sus amigos. El resultado obtenido en la elección fue considerado, y con razón, como una derrota para el titulado Jefe del partido conservador. Más pronto de lo que pensábamos, sus adversarios políticos, los judaizantes modernos, han empezado a poner trabas al normal desarrollo de la vía trazada por el Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá, en la carta-designación que nuestros lectores recuerdan. Y esto cuando todavía no se hace a la luz del sol la campaña eleccionaria. De ahora para entonces mayor cantidad de aguas amargas pasarán bajo el puente de Bosa.

También por parte del liberalismo — si acaso todavía existe esta colectividad que tantos días de gloria dio al país en épocas en que sus hombres conocieron el valor de la palabra «desprendimiento» — ha sido mirada con glacial indiferencia la aparición de un triunvirato designado con el pomposo nombre de «Directorio Nacional del Partido Liberal» e integrado por los señores Francisco de P. Manotas, Nemesio Camacho y Luis de Greiff. Parece que en la Convención estos caballeros obtuvieron votos para Directores, en orden descendente, después de los ciudadanos que no aceptaron la Dirección. Tal es el claro e indiscutible origen del triunvirato. Ojala que tan novísimo sistema de designación — verdadero triunfo de las minorías — fuese aplicado en todo nombramiento de origen electivo. Cierto es que en toda materia, y muy especialmente en las ciencias políticas, cada día trae nueva enseñanza.

*
* *

El Congreso clausuró después de algunos meses sus sesiones. Su labor, como era de esperarse, resultó casi infructuosa. Excepción hecha de media docena de leyes, entre las cuales debemos recordar la de Presupuestos, la de reducción de sueldos y pensiones, la que da autorizaciones al Ejecutivo en el bochornoso asunto del Ferrocarril de Puerto Wilches y en el no menos intrincado del de Santa Marta, y la que permite el establecimiento de *Packing-Houses*, ningún otro acto que mire a las necesidades de la administración o al fomento de la riqueza general. En cambio, y aparte de reducidísimo grupo en ambas Cámaras que trabajó con inteligencia por cumplir con su cometido, cuánta ignorancia, cuánta ineptitud, y al mismo tiempo, cuánta suficiencia! Los anales de nuestro Congreso pudieran publicarse con el verídico título de «Las mil y una tonterías». Con el tiempo la docena

de infolios llegarían a ser curiosidad bibliográfica y monumento de la humana necedad. Sólo que tal monumento le ha costado a la Nación más de doce millones de pesos, cantidad que el buen sentido público ha imputado también «a pérdidas y ganancias».

Más de una vez lo hemos dicho: la lucidez en los cuerpos colegiados está en razón inversa del número que los integra. ¿Será la voluntad nacional incapaz de imponerse en el sentido de que se reduzca en lo porvenir a más convenientes proporciones la llamada representación popular? ¿Estamos condenados a sufrir por tiempo indefinido la dictadura de quienes, jueces y parte, se niegan a votar la ley de reforma electoral? Obra de prensa meritoria sería la que llevase hasta el fondo mismo de la conciencia nacional el convencimiento de que es la masa electora la verdadera responsable del fracaso de la labor parlamentaria en Colombia. El día en que el elector deje de depositar su voto bajo la influencia del gamonal o del agente eleccionario, cesarían de integrar el Congreso personalidades que apenas alcanzan a ocupar asiento en el Consejo Municipal de su vecindario. Y dejaríamos de leer, en los mismos periódicos que ensalzaron a sus candidatos, sueltos como éste: «El Congreso (o la Asamblea, o la Municipalidad) ha resultado un desastre. Sus miembros son rebaño de dromedarios. ¡Ojo a los sufragantes, para la próxima elección!» Y la elección futura será peor que la pasada.

Al insistir en la necesidad de la reforma de la ley electoral, no miramos únicamente a la economía que haría la nación con la reducción de que tratamos. Tampoco nos referimos a la necia oratoria de muchos de los representantes del pueblo: ella nos parece inofensiva, aun cuando costosa. Ahondando más en el problema, vemos que a cada instante, entre el pulgar y el índice de cada miembro del Congreso y encarnada en la forma de una balota blanca,

o negra, se juega la suerte del país. ¡Cuántas leyes inconsultas se han votado y cuántos saludables proyectos han dejado de ser leyes, gracias a la ignorancia o la inconsciencia de nuestros improvisados legisladores!

LA DIRECCIÓN.

Diciembre de 1915.

EN VIENA, UNA TARDE DE 1915

VIENA es ahora, como siempre, la ciudad de la indolencia y de la elegancia. Ciertamente, el calor del estío ha contribuido a despoblarla un poco. Pero como no es posible ir a las estaciones alpinas, donde los Estados Mayores ocupan los hoteles ahora, y como muchas familias sienten la guerra por la ausencia del padre o del esposo o del hijo, que está en campaña, la villa imperial no ha perdido del todo su animación de las horas nocturnas. Y en los cafés, únicos en el mundo, y en los restaurantes, en donde se escuchan los vales nuevos, es posible contemplar una muchedumbre femenina, en la que se mezclan todos los tipos y todas las razas de la vasta Monarquía: vienesas rubias y suntuosas; polacas menuditas, toda movilidad y gracia y ritmo; húngaras de aire bravío, llenas de joyas, cuya cabellera negra brilla con reflejos azulinos, y cuyos ojos oscuros tienen un modo imperativo de retener y escudriñar y desechar en un instante las almas de los espectadores.... La guerra, que ha hecho perder a otros pueblos su sentido de la medida y del buen gusto, no ha desvanecido este ambiente de discreción y de cortesía de la capital de Austria. Y a poco que uno se aventure en los distintos medios sociales, puede comprobar la buena cortesía sistemática, que es un hábito de siglos, difícil de desarraigar; la misma suavidad en todos

los matices, la misma blandura y facilidad en todos los resortes de la vida....

Tarde de domingo. A la puerta de la terraza de un café, cerca del Palacio Consistorial, viendo en la lejanía las agujas góticas de la iglesia votiva, estoy acompañado de tres simpáticos compatriotas: *Danubio*, nuestro excelente compañero, a cuya actividad debo en gran parte las facilidades que he encontrado aquí; el joven doctor Basterra, y un muchacho pianista, artista prodigioso, al que la prensa toda ha dedicado elogios entusiastas con motivo de unos conciertos recientes.

No hay mucha gente en la calle ahora. Reverbera el sol en el asfalto. Ya hemos agotado todos los comentarios sobre la guerra; he referido a grandes rasgos mi reciente excursión. Y Pagés, así se llama el pianista, nuestro amigo, para corresponder de algún modo a mis anécdotas de la campaña, propone:

—Podríamos hacer un poco de música. Iremos al colegio donde me hospedo. Estaremos probablemente solos. Schubert, Chopin....

—¿Vive usted en un colegio?

—En el de los escolapios.

El rector es un español, el padre Soler. Se educan aquí todos los muchachos de la aristocracia del Imperio. Y nuestro amigo ocupa un cuarto que da a la calle; unos cuantos muebles modestos, un piano que llena el viejo caserón de dulcísimas melodías. El colegio está situado en un barrio antiguo de Viena; tiene una iglesia y el edificio se abre en dos grandes alas que forman una plazuela, de la que sale, para recorrer las calles históricas, una procesión como las españolas, en la mañana del Corpus....

Vamos al colegio. Y cuando entramos en la sala rectoral para pasar a su cuarto, Pagés se detiene al abrir la puerta.

—Aquí está el Nuncio de Su Santidad, nos advierte en voz baja.

—¿Nos volvemos, pues? pregunto.

Pero ya se nos invita a entrar bondadosamente.

—¿Qué conspiración traen ustedes aquí? Adelante, adelante, exclaman voces amigas, paternales.

Vuelve a mí la conciencia del oficio. El Nuncio del Papa en la corte de Viena, pienso, ¡qué ocasión para obtener algunas declaraciones interesantes! Situación delicadísima la de este personaje eclesiástico y diplomático, italiano de nacionalidad, neutral por su cargo, poseedor de secretos que serían sensacionales.

Sí, el Nuncio es Monseñor Scapinelli Leguigno. Se levanta; nos adelantamos a besar la esmeralda de su anillo. Es un hombre maduro, de rasgos finos, con el aire un poco cansado, un poco triste. Junto a él, su Secretario, Monseñor Ogno Serra, vestido con una levita eclesiástica, pero muy jovial, muy simpático, muy mundano. Cuando sabe que vengo de la guerra, su Excelencia me pregunta:

—¿Como militar?

—No. Como corresponsal.

—Vengo del frente italiano, le contesto. Espero que esto despertará su curiosidad, le inducirá a preguntarme, dará ocasión a que sus ideas y sentimientos se manifiesten. Pero él calla, cruza las manos, me ofrece un cigarrillo de una caja que hay sobre la mesa.

¿Cómo le haré hablar algo acerca de esta guerra de conquista emprendida por sus compatriotas? me pregunto a mí mismo. Luégo de un breve instante de silencio exclamo:

—¡La guerra es terrible!

El alza la vista, la vuelve a bajar, da una vuelta a su anillo y dice:

—¡Oh, terrible, verdaderamente!

Y torna a quedarse silencioso. Yo no me doy por vencido.

—Es preciso haberla visto para.... insisto.

—Felizmente, exclama él, España ha sabido abstenerse de intervenir en la lucha. Yo tengo mucho cariño a España. He sido Nuncio en Lisboa, y he pasado por ella muchas veces. Hermoso país....

A medida que va hablando, amable, siempre un poco tristemente, veo cómo deriva el diálogo, cómo lo tuerce y aleja del punto de partida que yo, con ingenua habilidad, había querido fijar; cómo el tema ya no es de la guerra, sino el de la belleza de mi país.... Del paisaje pasa a la literatura, de la literatura a la música, y de la música, naturalmente, a rogar a Pagés que toque alguna cosa típicamente española si no tiene otra cosa que hacer. Y todo esto lo hace blandamente, descuidadamente, como si no eludiera de un modo discreto el inocente lazo que le he querido tender....

Y el pianista comienza a hacer pasar por la estancia el alma desgarrada, multicolora, pasional, sentimental de España. Sardanas campesinas y ceremoniosas de Cataluña, dulce y plañidera voz de la cornamusa gallega, acento belicoso y rotundo de los guitarreros de Aragón, evocación melancólica de ese paisaje andaluz, entre Córdoba y Lucena, donde hay una laguna clara.... ¡De qué extraño modo deben resonar en el viejo barrio vienés, silencioso en la tarde de domingo, estas exóticas, apasionadas y polícromas melodías que salen del caserón secular!.... Y luégo son Grieg, y Tor Aulin, y Borodin, y Schubert. Por el humo de los cigarrillos, la estancia, decorada simplemente con algunos cuadros patinosos, se puebla de vagos fantasmaas. Y a veces alzo la cabeza del sillón: levemente, Monseñor Leguigno lleva el compás con la mano afilada y blanca; y una chispa luminosa tiembla sobre la esmeralda de su anillo episcopal....

—Y ahora, si usted quiere, dice, nos hará oír esa composición de Listz, *San Francisco predicando a los pájaros*. Siempre que Pagés la ejecuta, los canarios del colegio comienzan a cantar....

Y esta vez también, con las notas del piano, se mezclan los triunfos del enjaulado y diminuto huésped de la sala rectoral....

Se va Su Excelencia. Nos quedamos solos con el pianista.

—Todas las muchachas del barrio están en los balcones para oírlo todo, dice Basterra, y hay muchas enamoradas de él.

Enrojece el artista adolescente, y con ingenuidad declara amar a una de ellas.

—Son polacas refugiadas que vinieron a Viena huyendo de la guerra.

—¿Y por qué no se acerca usted a ellas? le pregunto.

—Me dan miedo. Veinte veces me lo he propuesto. Pero cuando las veo venir por la calle me pongo a temblar. Esto es ridículo talvez, pero es más fuerte que yo.

Por ellas, y no por nosotros, el artista comienza a hacer desfilar la procesión grave, dulce y triste de los nocturnos de Chopin; los estudios, luégo. Y una polonesa loca, al final....

Y ahora sale tímidamente a la ventana. Los muros son recios, como de fortaleza. Llenos están los balcones fronteros de cabezas juveniles y femeninas. Todos los ojos agradecen expresivamente esta evocación del alma de Polonia. Y la más bonita, que es también la más resuelta, sin reparar en nosotros, sonrío al pianista, le echa un beso con la punta de los dedos y cierra precipitadamente el balcón....

JUAN PUJOL.

Viena: 1915.

Notas.

«Revista Moderna» quinçenal.

en papel extrafino.

A partir del próximo mes de enero y al entrar en su segundo año, REVISTA MODERNA aparecerá dos veces al mes, nítidamente editada en papel extrafino.

Con aquella importante mejora, que dará carácter de mayor actualidad a nuestras secciones *Asuntos Colombianos*, *Revista Política* y *Notas*, y mayores facilidades a los clientes de nuestro *Departamento de Informaciones y Comisiones*, hemos querido corresponder al creciente favor que nos dispensan nuestros amigos de dentro y fuera del país, y hacer de REVISTA MODERNA—como fue nuestro deseo desde su primer número—publicación que por su variada información, imparcialidad y elevación de miras, ocupe el sitio que le corresponde en la prensa similar hispanoamericana.

La confianza con que nos han honrado nuestros favorecedores nos ha estimulado a iniciar nuestro servicio bimensual y a no omitir esfuerzo ni gasto por corresponder a ella dignamente.

Nuestra nueva Tarifa de Abonos aparece insertada en el lugar correspondiente.



Ferrocarril del Tolima.

Uno de los Agentes Fiscales de la Nación—el activo y diligente señor don Manuel María Mallarino—acaba de visitar minuciosamente el Ferrocarril del Tolima y sus dependencias. La diligencia respectiva corre publicada en el *Diario Oficial*, y en ella constan el estado de la línea en explotación hasta El Chicoral y las ventajas inmensas que traerá para el comercio

la prolongación hasta Ibagué, con un costo aproximado, inclusive equipo, de \$ 1.000.000 oro.

Sabemos que tanto el señor Presidente de la República como su eficaz Ministro de Obras Públicas, prestan a este asunto toda la atención que merece. Por lo pronto, debido a tinosas gestiones del Ministerio, que la Diligencia de Visita insinúa, se han obtenido fuertes economías en la sección que se explota entre Flandes y Chichoral, y ello sin comprometer el servicio y antes bien mejorándolo.

Cuando la locomotora se deje oír en la ciudad del Combeima, se resolverán arduas cuestiones de intercambio comercial a la vez que será golpe de muerte para la política lugareña, que sin tregua ha flagelado esa región.



Bolívar y Sanmartín. En una correspondencia fechada en Lima y publicada en un diario bonaerense, hallamos los siguientes conceptos, que no necesitan de comentarios:

«Aunque no faltan en el Perú unos pocos escritores y unos cuantos ciudadanos que participan de la idea de que la figura prominente de los tiempos de independencia de esta nación fue Bolívar, hay que convenir en que la mayoría absoluta, incontrastable, de las poblaciones de todo el Perú, hacen justicia y reconocen al General Sanmartín como el libertador efectivo del país y el que proclamó su independencia en 1821, dando en seguida tan nobles ejemplos de desinterés, como el de rehusar el mando supremo de la nación fundándose en que el militarismo es un peligro serio en los países nuevos.

«Pese, pues, al grupo de los que por error o ignorancia no reconocen todos los méritos que tiene contraídos Sanmartín para la gratitud de los peruanos, la verdadera opinión, la de la mayoría incontable, rinde los homenajes que se merecen a aquella figura radiosa y le dis-

pensa los honores que corresponden al que no economizó sacrificios y esfuerzos, para hacer del Perú una nación libre e independiente.

«Por eso ya se levanta en el Callao, en una de sus mejores plazas, costeadada por suscripción popular, la estatua del héroe y está ya listo en Pamplona, terminado y aun pagado, el soberbio monumento, obra de Benlliure, que se erigirá en Lima».

¿Será acaso que la diplomacia peruana busca la alianza de la Argentina, y llega en su adulación hasta falsear la historia para conseguir la amistad de la cancillería del Plata?

Empréstito Municipal. Estudia el Concejo un proyecto de acuerdo por el cual se autoriza al Municipio para lanzar un empréstito de \$ 400.000 destinado exclusivamente a llevar a efecto la obra del Acueducto, de acuerdo con los planos hechos por la Casa Pearson & Co., de Londres.

Convencidos estamos de que la obra de más apremiante necesidad para la capital es la construcción de un acueducto moderno, y reconocemos el elevado espíritu que ha guiado a los autores del citado proyecto. Pero para ser prácticos, debemos preguntar: ¿Es suficiente la suma de \$ 400.000 para la construcción del acueducto, dado que del actual muy pocos elementos puede aprovechar la nueva obra? ¿Constituye suficiente garantía para los suscriptores del empréstito la fe del Municipio, que todos sabemos se halla en bancarrota? No lo creemos, desgraciadamente. En tratándose de operaciones financieras, no deben confundirse los deseos, por otra parte muy recomendables, con su viabilidad en el terreno de la práctica.

El problema fiscal del Municipio—al cual van vinculados construcción de acueducto, matadero, plazas de mer-

cado, locales para escuelas, alcantarillado, etc.—no puede resolverse sino aumentando la capacidad de crédito de la ciudad, ya que con sus fondos propios no puede acometer obra alguna, ni siquiera la más rudimentaria y de menos costo; y a tal fin no puede llegarse sino aumentando sus rentas y organizando su hacienda sobre base estable y científica. Mientras esto no suceda y no se empiece por construir los cimientos del edificio, mucho tememos que los acuerdos que dicten nuestros Ediles para poner en juego el crédito municipal se queden escritos en el papel.



Sociedad de Autores.

Bajo la Presidencia de don Emilio Cuervo Márquez, se ha reunido la Sociedad de Autores con el fin de modificar sus estatutos y adquirir personería jurídica.

La labor por ella emprendida a favor de la producción dramática, genuinamente nacional, ha dado hasta hoy los mejores resultados; y es de esperarse que con las medidas adoptadas, su acción sea aún más eficaz en relación con el desarrollo del arte teatral en Colombia.

Miembros distinguidos de la Sociedad de Autores son los conocidos escritores dramáticos don Eduardo de Valenzuela y don Máximo Lorenzana, autores respectivos de las piezas *Mal del Siglo* e *Hilando la vida*, que subirán próximamente a la escena, interpretadas por la Compañía Serrador-Marí.



Crónica quincenal de la guerra.

A partir de nuestra primera entrega de enero, y debido a la pluma de uno de nuestros más distinguidos escritores, publicaremos el resumen de las noticias de la guerra europea recibidas en la quincena anterior.

De esta suerte nuestros lectores podrán formarse idea cabal de la situación de los ejércitos beligerantes, sin ne-

cesidad de descifrar la verdad entre las noticias, por lo general contradictorias, comunicadas por cable.



Nuestro próximo folletín. En la próxima entrega de enero, y traducida especialmente para REVISTA MODERNA, comenzaremos a publicar la emocionante novela de Meade y Eustace, titulada *Al Borde del Abismo*, cuya aparición tuvo en Inglaterra éxito sólo comparable al de las mejores obras de Conan Doyle. La figura de Norman Head no es en nada inferior a la del popular Sherlock Holmes; y la trama, que abunda en las más altas situaciones dramáticas, mantiene vivo el interés de la narración hasta su inesperado desenlace.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS RECIBIDOS:

La instrucción pública primaria en la República oriental del Uruguay. Exposición oficial (Montevideo, 1914). Esta memoria, de excepcional interés como exponente del progreso alcanzado por la instrucción pública en el Uruguay desde 1876, cuando intervino en el problema educacionista don José Pedro Varela, llamado el *Horacio Niann uruguayo*, ha sido preparada para la Exposición Internacional de San Francisco, de 1915.

A fin de que pueda juzgarse del adelanto pedagógico en el Uruguay en los últimos cuarenta años, reproducimos los siguientes datos estadísticos:

Años.	Escuelas Públicas.	Alumnos.
1877	208	17.033
1915	986	91.745

El costo anual de la enseñanza primaria se eleva a \$ 1.999.137; equivalente a algo más de la décimaséptima parte del presupuesto general del Estado. La población del Uruguay es hoy apenas de 1.279.359 habitantes.

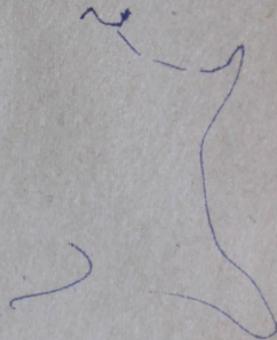
La Literatura Americana de nuestros días, por F. García Godoy (Biblioteca Andrés Bello. Madrid, 1915). Serie de interesantes y pensados artículos en que el autor estudia algunas de las obras más importantes de escritores americanos contemporáneos: sociólogos, historiadores, críticos, poetas. Allí figuran R. Blanco-Fombona, F. García Calderón, Tulio N. Cestero, P. Henríquez Ureña, Manuel Ugarte, Benjamín Vicuña Subescaseaux, Fabio Fallio, Rubén Darío. A Luis C. López, el original poeta colombiano que ha tenido, por su bien o por su mal, el valor de romper con tradiciones y convencionalismos de fondo y de forma, lo juzga así, a propósito de *Posturas Difíciles*: «Su gesto es de vibrante sinceridad, de ruda franqueza, de un naturalismo irrefrenable, extravagante a menudo, propio de un espíritu radicalmente independiente que desde su mundo interior ve las cosas de muy distinta manera que la mayoría de sus semejantes, uncida perennemente al yugo de añejos y muy arraigados dogmatismos imperantes en la vida colectiva».

La obra de García Godoy lleva el número V de la colección que, con el nombre de *Biblioteca Andrés Bello*, ha empezado a dirigir en Madrid nuestro distinguido colaborador don Rufino Blanco-Fombona.

América, por Abel J. Pérez, prólogo de J. E. Rodó. (Montevideo, Imprenta *El Siglo Ilustrado*, 1915. ** *El Tucumán del siglo XVI* (bajo el gobierno de Juan Ramírez de Velasco), por Ricardo Gómez Freyre. (Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1914). ** *El Tucumán Colonial*. Documentos y mapas del Archivo de Indias. (Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1915). ** *Alegato del apoderado de The Colombian Northern Railway Company Limited* en el pleito del apoderado de Cundinamarca sobre el Ferrocarril del Norte. (Bogotá, Imprenta de *La Luz*, 1915). ** *El Libro del Trópico*, por Arturo Ambrogí. (San Salvador, 1915). ** *Alemania en la lucha*, por Jenaro Guerrero. (Bogotá, Arboleda & Valencia, 1915). ** *Estudio sobre el proyecto de ley por el cual se elevan los derechos sobre las hilazas de algodón y de lana*, por Eduardo Quintana V. (Bogotá, Arboleda & Valencia, 1915). ** *Odas de Horacio*, traducidas en verso castellano, por Francisco Vergara Barros. (Bogotá, Arboleda & Valencia, 1915). ** *Convención Nacional del Partido republicano*. Resumen de sus labores en sus sesiones de 1915. (Bogotá, Arboleda & Valencia, 1915). ** *Estudio sobre la moneda legal en Colombia*, por A. Vergara y Vergara. (Bogotá, Imprenta de Carteles, 1915). ** *Renta de Esmeraldas*. Apuntes fiscales, por don Francisco Montaña. (Londres, *The Salesian Press*, 1915). ** *Recuerdos de Fiestas*, por José Joaquín Casas. (Bogotá, J. Casís, 1912). ** *Informe general que rinde al Honorable Consejo Municipal en 1.º de noviembre de 1915 la Junta Administradora del Tranvía*. (Bogotá, Arboleda & Valencia,

1915). *.* *Primer Amor*. Novela de actualidad, por Luis Enrique Osorio. (Bogotá, Régulo Domínguez, 1915). *.* *La Filosofía Penal de los Espiritistas*. Estudio de Filosofía Jurídica, por Fernando Ortíz. (Habana, Imprenta *La Universal*, 1915). *.* *Padre Trópico*, por Jorge Matéus. (Cirardot, Imprenta de Marco A. Gómez, 1915). *.* *Don Ricardo Carrasquilla*, por Luis Alberto Castellanos. (Bogotá, Arboleda & Valencia, 1915). *.* *Paisajes Sentimentales* (poesías), por Alfredo E. Martínez. (Montevideo, Imprenta de *El Mercurio*, 1915). *.* *Archivo Sanfander*, Volumen VI. (Bogotá, Aguila Negra Editorial, 1915). *.* *Lecciones de Historia Universal*, por Germán B. Jiménez. (Barranquilla, Tipografía de G. & A. Jiménez). *.* *Bodas de Plata del señor doctor Rafael María Carrasquilla*, Rector del Colegio del Rosario. (Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1915). *.* *Diana Cazadora* (novela), por Clímaco Soto Borda. (Bogotá, Imprenta Artística Comercial, 1915). *.* *La instrucción pública primaria en la República oriental del Uruguay*. Noticia escrita para la Exposición Internacional de San Francisco en 1915. (Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1915). *.* *Los Tratados en el Derecho Internacional*. Estudio histórico, por Aquiles B. Oribe. (Montevideo, Tipografía *La Liguria*, 1915). *.* *La Literatura Americana de nuestros días*, por F. García Godoy. (Madrid, Sociedad Española de Librería, 1915). *.* *La Sensibilidad de la Poesía castellana*, por Nicolás Heredia. (Madrid, Sociedad Española de Librería, 1915). *.* *Transiciones* (poesías), por Vásquez Yepes. (Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1915).

INDICE



- AUTORES VARIOS. Cuadros de Navidad, 413.
- AVENEL, VIZCONDE DE. La lucha por la vida, 130.
- BLANCO-FOMBONA, RUFINO. Bolívar y sus émulos, 51.
Gutiérrez Nájera, 170.
- BONNARD, ABEL. La Sabiduría, 221.
- BRISAY, HENRY DE. El Corsario de Goa, 233, 302.
- CAICEDO ROJAS, JOSÉ. Las gracias, 121.
- CASAS, JOSÉ JOAQUÍN. Semblanza de Diego Fallon, 344.
- CONTRERAS, FRANCISCO. En la América del Sur, 409.
- CUERVO MÁRQUEZ, CARLOS. La tumba de San Pedro, 256.
- CUERVO MÁRQUEZ, EMILIO. Al margen del A B C, 405.
José A. Silva, 421.
- FALLON, DIEGO. La luna, 382.
- GAUTIER, JUDITH. En China, 161.
- GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. En un álbum, 111.
- HEINE, HENRIQUE. Goethe, 386.
- IBÁÑEZ, PEDRO MARÍA. Morillo en Bogotá, 363.
- LA DIRECCIÓN. *Páginas olvidadas:*
Lino de Pombo, 35.
José Caicedo Rojas, 120.
Roberto de Narváez, 213.
Manuel Uribe Angel, 272.
Diego Fallon, 381.
- LA DIRECCIÓN. Revista política, 69, 134, 226, 298, 396, 464.
- LA DIRECCIÓN. Redención ferroviaria, De Bogotá a La Dorada,
directamente. (A. R. U. y E. C. M.), 6.
- LA DIRECCIÓN. *Notas:*
Bolívar en 1810, 79.—Ferrocarril de Santamarta,
79.—Miembros de la Cámara de Represen-
tantes, 80.—Concurso de REVISTA MODER-
NA, 82.—Bogotá, Distrito Nacional, 157.—Bo-
cas de Ceniza, 158.—Por Cartagena, 159.
Nuevo libro, 160.—Exposición de pintura,
241.—Ley sobre Seguros, 242.—Obito, 243.
Bodas de Plata, 317.—Ferrocarril de Santa-
marta, 318.—Marina mercante colombiana,
320.—Elecciones municipales, 321.—Prórro-
ga del Congreso, 322.—Compañía Colombia-

- na de Seguros, 323.—Doctor Juan E. Manrique, 399.—Epico centenario, 400.—Consejo Municipal de Bogotá, 401.—Salas de Asilo, 402.—REVISTA MODERNA quincenal, 475. Ferrocarril del Tolima, 475.—Bolívar y Sanmartín, 476.—Empréstito municipal, 477. Sociedad de Autores, 478.—Crónica quincenal de la guerra, 478.—Nuestro próximo folletín, 479.
- LA DIRECCIÓN Bibliografía, 83, 163, 233, 243, 479.
- LOZANO Y LOZANO, FABIO El paso de los Andes, 185.
- MAIZEROTY, RENÉ Paraísos terrenales, 25.
- MENDOZA, DIEGO La colonización de los continentes americanos y la Doctrina de Monroe, 245.
- MORALES BERTI, LUIS Redención ferroviaria: Ferrocarril de Cúcuta al Magdalena, 359.
- NARVÁEZ, ROBERTO DE Soneto, En mis ensueños perdido..., A Melanopsis, A Glaucopis, El nido, La tumba y la rosa, Clasicismo y Romanticismo, 214.
- NARVÁEZ, ANTONIO DE Bancos de emisión, 101.
Medio circulante, 488.
- OLAYA HERRERA, ENRIQUE Balmaceda y los Partidos en Chile, 85.
- POMBO, LINO DE Reminiscencia del sitio de Cartagena, 37.
- POSADA, EDUARDO Mártires de 1817 y 1818, 114.
- PUJOL, JUAN En Viena, una tarde de 1915, 470.
- QUIJANO, ARTURO La última firma del Acta de la Independencia, 15.
- RAMOS URDANETA, ALFREDO Al margen de los informes ministeriales, 165.
Cantos de guerra, 232.
Brummell, 433.
- «REVISTA MODERNA» Los Bucaneros, profesores de energía, 92.
- RESTREPO TIRADO, ERNESTO Antropófagos españoles, 262.
- SAIZ, JOSÉ MARÍA Un episodio en el Llano, 206.
- SILVA, JOSÉ A. De sobremesa, 423.
- SILVA, CLÍMACO La reforma militar, 325.
- SAVAGE, R. H. La Desconocida, 72, 143.
- SCHWOB, L. La Madona de Nuremberg, 64.
- TABLANCA, LUIS En lo más alto, 293.
- URIBE, DIEGO El tren de media noche, 49.
- URIBE ANGEL, MANUEL Un episodio colombiano, 273.
- VERHAEREN, EMILE Las ruinas de Lovaina, 453.
- ZAMACOIS, EDUARDO Jardines de París, 287.